Ricardo de la Vega

Los hombres ya no invitan a cenar

MELA ESTA ESPERANDO. Solteros/as, separados/as, viudos/as, con fines serios y amistosos. Agencia Matrimonial Géminis Internacional.

BUSCO PERSONA SERIA que se sienta solo y quiera formar una familia, de 36 años en adelante, c/trabajo estable y casa propia p/compartir juntos y ayude a vender rápido mi casa en Caacupé z/balnearia p/fin de semana y trabajar en sociedad. Soy divorciada, de 36 años, con 1 hijo de 8 meses, soy peluquera y comerciante, buena persona. Tr. al Cel.: 0981 [redacted] (vecina), al 0981 [redacted] (personal) o dejar mensaje al 0511 [redacted]. Desde las 09:00 a 20:00 hs. con mucha prudencia.

NO ES BUENO QUE ANDE SOLO/SOLA. Llámenos, inscríbase y c/ gusto le ayudaremos a concretar amistad, noviazgo o matrimonio con la persona adecuada, que como

ARANDURÃ
EDITORIAL

Ricardo de la Vega

Los hombres ya no invitan a cenar

ARANDURÃ
EDITORIAL

© Ricardo de la Vega
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 1.074
Telefax: 214 295
Asunción-Paraguay

Corrección: Natalio Goldenberg

Hecho el depósito que marca la ley 94
Asunción, mayo de 2001

A mi padre, por todo

El Regreso

Ñesú(*) recorre las calles de Asunción vendiendo baratijas a los turistas; les ofrece en esas carteritas tejidas el auténtico anhelo de la Tierra Sin Mal, el fabuloso aroma de la Fruta de la Memoria, el recuerdo intacto del País de las Mujeres.

Nadie como él engatusando gringos.

Hace dos semanas que escucha de los labios del borrachín del puerto una extraordinaria historia: A fines del siglo pasado, un grupo de celtas, unos quinientos barbudos, se instaló en Itapé; venían del Brasil y cruzaron caminando el Alto Paraná. Estos aventureros utópicos vendieron hasta sus últimos enseres en su tierra natal para lanzarse a construir el paraíso. Ñesú oye últimamente la misma historia todos los días, todos los días es la misma, pero con otras luces, otras aristas, otros desenlaces. Mira los ojos azules del borracho que gesticula, y por encima de la melena greñuda ve cómo, espantadas, las palomas huyen del relato. Las palomas de la memoria. Sabe que la selva era imbatible.

Le cuesta creer, entonces, que un blanco-paraguayo se enemistara con los gringos, que no los ayudara a vencer a esa Madre Terrible. El mendigo insiste en que Eghusquiza, el ministro guazú, engañó a los barbudos con su lengua sombría, que prometiéndoles protección, les arrebató hasta los libros de astronomía que trajeron en las mochilas:

—Les robó toda la plata. Yo sé lo que te digo, Lecayá.

(*) Uno de los caciques indígenas que encabezaron la conspiración para matar al Beato Roque González de Santacruz y otros sacerdotes de la colonización española, defendiendo a sus dioses.

Ñesú observa una vez más en el recuerdo a esos parientes en la osadía deambular hasta encontrar la muerte, pero no cree del todo. Ya sus hermanos de sangre, aquellos que eran dueños del secreto de las hierbas, aquellos que levantaron junto con él las lanzas contra el invasor, confiaron una vez y para siempre están a la vera de la orfandad.

La sirena de un barquito que viene llegando desde Villeta lo despabila. Maniobrando entre las chatas detenidas, el piloto, hábil en ese mar pequeño y enjuto que es el río cuando llega al puerto, hace deslizar la maquinita de costado. Ñesú lo está viendo; él sabe de barcos y bien podría manejar alguno, si lo dejaran. Sabe porque los mira regresar y escucha sus latidos en el pecho del agua.

Tiene que volver a su hogar y se despide. Alza la mano para saludar a su amigo que continúa con su perorata, pero también para protegerse del sol, que lo deslumbra con sus machetazos brillantes desde la bahía. El sol cuando declina enloquece a ciertos animales domésticos; a Ñesú lo agobia de nostalgia, y es por eso que siempre le está huyendo, le da la espalda en cuanto puede, es por eso que empieza su jornada en la Plaza Uruguaya y luego, circunvalando la ciudad en un zigzag algebraico, acompaña a las agujas del reloj hasta que encuentra su propia sombra.

Pero hoy defenderse no puede; se dejó envolver por ese relato y ya el sol le ha tomado los ojos, y en cada latido de su corazón siente sus dientes melancólicos que le señalan su tierra. Y allá se yergue sobre los condenados intrusos, con sus manos acaba de destrozar sus cruces, y en las espadas escupe la sangre de los que desprecian sus palabras. Roque González invoca [illegible] un dios

que castiga y pide agua, agua para viajar purificado, pero bebe su propia sangre.

Ñesú mastica los músculos de una pierna y se detiene entristecido: sabe amargo ese combate inicial, porque nacen en las entrañas del caído oscurecidas lluvias. Pero se dice, alzando las manos hacia las nubes antiguas, que un día habrá sobre la faz del mundo en que hablará, por fin, el que tiene nombre verdadero:

—Y volveré a mi muerte.

Escaleras arriba

Estoy seguro de que a propósito se dirigió a ella de esa manera confianzuda, requiriéndole no sé qué papeles, y por la forma en que Sonia guardó silencio, supe que allí había pasado algo entre los dos. Ella sostuvo un rostro pálido por un instante, a duras penas disimulado por una sonrisa llameante, ansiosa.

Sonia respondió:

—Te entregaré mañana esas carpetas.

No sé cómo explicar el dolor que sentí aquí en el pecho; cada una de esas palabras dichas sin miramiento alguno, resonaron en mí por muchísimo tiempo. Había sido cierto aquello de los dolores del alma del que hablan las telenovelas. Yo tenía huecos enormes por donde entraban y salían las penas.

Después de escuchar aquellos cuatro o cinco cuchillazos, no recuerdo si la llevé a su casa inmediatamente o si comimos algo por ahí; lo que mantengo aún en mis retinas, con una claridad insoportable, es la expresión en su cara que yo interpreté como de culpa, porque además estaba ese silencio que la rodeaba, espeso, viscoso, que se podía cortar, pero que yo no me atreví a romper. No le dije nunca una sola palabra sobre el asunto.

Me despedí en la puerta de calle nomás. Las doce cuadras que me separaban del San Marcos las hice como una sombra cansada y vieja, que acariciaba al pasar los ladrillos y las ventanas, con la antigua traición de los que te quieren, de los que piensan que deben quererte porque sos un buen alumno, un honrado pasajero que paga su respectivo boleto, un vecino que limpia la vereda que le tocó en suerte. Un novio cumplidor.

No fue mi primer amor, pero era absolutamente feliz enviándole cartas y notitas por cualquier motivo, comprándole regalos con lo que ahorraba fotocopiando libros, esperando sus llamados. Yendo a su encuentro.

En medio de esas inocentadas y pajaritos en la cabeza le habré ido contando cosas sobre ella que, al final, le calentaron la azotea a ese hijo de puta de Andrés. Cosas de Sonia. De sus miradas, de su piel, de sus gemidos, de su ternura, del empeño admirable que entregaba al ayudarme a estudiar ese horrible, interminable Procedimiento Penal del último año.

Seguramente le comenzó a gustar y la miró con otros ojos y decidió seguirle los pasos, me dije al trasponer a duras penas las puertas de la siesta implacable que febrero condena a vivir cuando uno anda a pie, borracho de dolor.

Yo podía comprender, ya que al fin de cuentas, eran jóvenes, bellos, desinhibidos, que se atrayeran mutuamente.

Porque Andrés ¡qué tipazo! Y recordé ese día en que no sé de dónde sacó un silbato y se puso a dirigir el tránsito en la esquina de Colón y Rodríguez de Francia a mediodía, en el centro del sol, de los curas y a la salida del colegio. Los colectiveros le obedecían entre risotadas, bocinazos y amagadas, y subían y bajaban las persianas los hijos de Ibarra, el farmacéutico de la esquina, sin poder creer lo que veían, ¡con una cara! Nosotros nos doblábamos de la risa, y sin pensar, contagiados por esa locura irreverente, abordamos la farra que abría sus brazos en medio de la calle y así, transportados por la alegría, bailando al compás de una canción de moda que alguno tarareara, pero que fuera, tal vez, la sangre que

empuja el corazón de los muchachos, nos agarró la policía. Acabamos en la novena, barriendo el patio con ramitas de mango y dos o tres patadas en el trasero, sus compañeros de curso y yo, el hermano menor. A él se lo llevaron los pai y por poco lo expulsan de no haber sido lo que era: el más brillante alumno, el mejor. Pero burlarse así de mí ¡porque aquellas atrevidas palabras no eran otra cosa que sus carcajadas! De mí, del más oscuro, del que aplaudía, del que ponía a sus pies los zapatos lustrados sin chistar:

—Para eso sos el más chico —me escupía.

Y yo nunca, nunca le dije nada a los viejos por no ser mujerín.

Así y todo me enorgullecían sus zancadas, allá, en el enorme patio de la infancia, de la adolescencia.

Hasta que pisé el pasadizo infame por el que llegaba tras un poco de pan, un vaso, unas hojas de papel. Sí. Hasta aquí llegaba.

Con esos vientos hiriéndome la frente abrí las puertas del bar y me deshice en una de las mesas; pedí lo que tenía que pedir y dejé que pasaran las horas.

El regreso fue más rápido de lo que pensaba; traía conmigo mis primeros versos y esta desazón que nunca me abandona.

Me fui derecho a la cama y allí, apretando los ojos para poder dormir, escucho unos ruidazos en la sala. Bajé rápidamente. Era él que llegaba borrachísimo, hipando, arrastrando los pies, llorando. Al verme se echó en mis brazos porque se caía y también para decirme al oído:

—Perdoname viejo, perdoname.

Lo traje hacia mí con tal intensidad que un brillo insufrible le cruzó los ojos enturbiados.

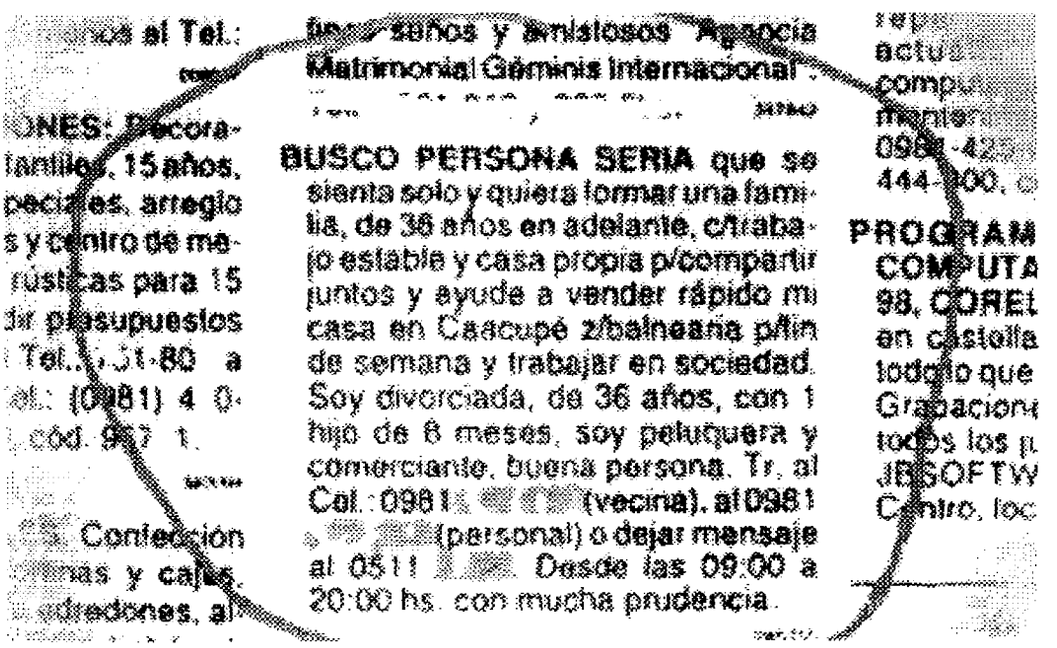
—No es nada, no es nada. Vamos que te ayudo a subir y te dormís la mona en tu pieza.

—Perdoname Antonio, perdoname —lloriqueaba mientras que a duras penas subía apoyado, no, abatido en mi hombro. Fueron los momentos más largos de mi vida, los más terribles: vi como en una película pasar los meses y los años, como cuando la muerte lo agarra a uno de los pies. Cuando por fin trepamos el penúltimo escalón, el piso del corredor, que allí cerquita estaba, me respiró un alivio, una serenidad notable. Y lo solté, lo solté. Lo empujé con todas mis fuerzas hacia abajo, hacia mi abismo y todas mis humillaciones, mi deshonor, y como una bolsa de papas, de espaldas se desplomó hacia abajo. Nunca más caminaría.

Seis meses después, al recibirme de abogado, me casé con Sonia.

Los hombres ya no invitan a cenar

Todo me duele. Estos zapatos me aprietan muchísimo cuando camino un poco, y ahora que llevo andando la mañana entera, me están por matar. Y el sol que se empecina en salir bordeando el viento. El desgraciado de la farmacia quiere una dependienta para todo servicio. Mirá si me voy a tragar que el sueldo me lo tengo que ganar rompiéndome el trasero. Hijo de puta. Me debo dejar de macanear y conseguirme un trabajo porque si no el dueño del departamentito se quedará con todas mis cosas; a ese judío no le puedo ir con cuentos. Cuentos es lo que yo tengo en la cabeza, y rulos, rulos, por si viene el que me llevará de las manos hacia la dicha. Ya debo ya tres meses con esta historia. Pensar que todo iba tan bien hasta que lo agarraron con esa Monterito que nos paseó por nuestras callecitas por un momento y nos hizo creer que la luna grandota era la propia vida que sonreía. Pero cómo no darse una vuelta con la camionetaza esa. Ni se nos pasó por la cabeza que estarían sobre la pista de Jacinto. Y yo que quería dármelas con las vecinas... me parece que voy a poner nomás el aviso, sí, así señorita, y por tres días seguidos:


al Tel.:
Matrimonial Gérminis Internacional
BUSCO PERSONA SERIA que se sienta solo y quiera formar una familia, de 36 años en adelante, c/trabajo estable y casa propia p/compartir juntos y ayude a vender rápido mi casa en Caacupé z/balnearia p/fin de semana y trabajar en sociedad. Soy divorciada, de 36 años, con 1 hijo de 8 meses, soy peluquera y comerciante, buena persona. Tr. al Cel.: 0981 (vecina), al 0981 (personal) o dejar mensaje al 0511 Desde las 09:00 a 20:00 hs. con mucha prudencia.

Quise poner una Agencia Matrimonial, pero los perro por ahora andan todito delicado: que ésta está muy gorda, que yo quiero una señora joven; que aquella tiene paladar que esto y lo otro y encima los muy avivados me quieren coger de arribaité: ¿Usted qué hace tan solita señora? Pero aquel japonesito me lo comí con championes y todo, y hasta le especulé dos de cincuenta mil. ¿De dónde me dijo que era? ¡ah! de La Colmena ¡qué mirada tan dulce! mejor que la miel que preparamos en mi valle, me dijo, y ahí mismo me convenció. En la salita lo hicimos. Se me subió, y cuando estaba a punto de caramelo, lo paré y le conduje la lengua hasta aquí abajo. ¡Ay Dios mío! me mojo de nuevo... si le contaba mi problema tal vez volvía. No me dejó ni el teléfono... ¡japonés de mierda!

Me muero por un cafecito; —¿quién estará de mozo en el San Marcos?

Y el asunto de los encuentros de placer tampoco anduvo... yo también fallé al ofrecer a mi empleadita sin contarle nada a ella ¡qué tanto! si hasta al portero se pasó esa loca. Me iba a forrar con la mitacuñai, a treinta mil la plata que hubiera entrado. Hasta al colegio la iba a mandar después. Yo me veía una señora manejando modelos en la tele y quién sabe si recordaría a esa casa donde me falta el pan.

—Yo lo hago por amor nomás, me gritó.

—¡Mba'e amor catú picó si anoche te metiste a dos tipos!

—Sí...pero no a la vez; lo que pasa que estoy un poco confundida...

No hubo caso. La maquillé, le puse tacos altos. Me gasté los últimos pesos en un lápiz de labios para dejarle el hocico rojo de pasión y la muy infeliz me sale con que ¡quiere ir al cine! cuando vino apareciendo el primer cliente. En fin... ¡qué se le va hacer! Tendré que conformarme con que limpie y eso. Y bueno, tampoco va a cobrar este mes.

¿Cómo estará mi mamá? Allá en mi casa nunca me faltó nada; la cara rozagante tenía y toditos los dientes también...

—Eu podría colaborar con vocé facendo de taxi boy. Haría só com as viejecinas y desa manera os dois ganaríamos —me dijo un brasilerito que vino por el aviso; le quise tirar con la plancha, pero como tenía las manos tan delicadas que me lo llevé a la pieza. Hasta ahora siento su leche calentita dentro de mí. Pero no importa no importa debo llegar adonde pueda adonde me alcance adonde tenga que comer porque hay carajos por todas partes y este policía qué mira ¡qué mirás! nunca viste a una mujer aplanando las calles ¡sargentón de mierda! No me interesa nada, y encima el boludo de Jacinto que se fuga de Emboscada y en vez de rajarse a la frontera me hace citar en la curva Romero de la Capilla del Monte, allá en el aguantadero, ¡mariconazo! si no fuera por él yo no estaría así; qué iba a saber nada. Levantarme la mano a mí, a mí que le di hasta el alma y garrotearme, garrotearme hasta más no poder, mirá que venir porque lo cargaban los muchachos en la celda es de mujerín. Pero golpearme así ¡comé tierra si tanto querés la plata puta de mierda! y mi cara arañando las piedras. ¡Ah! desgraciado pero este Tramontina habló, habló y te lo puse hasta la mata ahí donde más le duele a los machitos, bien en el centro de

las bolas, maricón. Te hubieras visto la cara Jacinto; no te alcanzaban los ojos para ver el mundo.

Pero no importa nada. Un laburito y hasta luego.

De madrugada, la vida

Se parecen, las calles y la muerte cuando amanece. El cielo enrojecido deambula por las veredas entreverando los naipes de los que aún no duermen, de los que sospechan que algo hay por ahí que les pertenece, pero como todo sonríe a esas horas, todo es extrañamente blando, y reflejada en los muros, la luna recuerda que ha partido, nadie escucha nada.

Yo regresaba, no recuerdo de dónde, y la encontré. Entre los escombros de una casa en demolición estaba tratando de arreglarse las ropas; me hizo una mueca con los labios sangrantes indicándome que me acercara. A esas horas no entiendo gran cosa de lo que sucede y creí que de un sueño venía aquella voz que me decía:

—'Masiado me golpeó mi marido. Mirá en qué estado me dejó la cara.

—Qué culpa tengo yo de que sea un yetudo. A las dos horas ya cayeron por casa los policías. Y estábamos tan bien en la camionetaza paseando y paseando que tejíamos el barrio con nuestra alegría.

Desde un abismo que se abrió de improviso su aliento sórdido me quemó la cara. Yo no sabía si escapar hacia mi casa, que allí, a un paso estaba, o quedarme a evocar en dónde aquella voz me cautivó una vez, pero en otra ocasión, allá, cuando vivía para volver a los míos. La llamarada temerosa que se agitaba en mi pulso comenzó a enternecerse porque ese sabor a sal, a sueño deshabitado me condujo hacia sí de tal manera, que escuché aquí en el pecho sus palabras:

—Y ya no tengo nada. Nos quedamos en bolas mi criatura y yo. Del susto me quedé sin leche; no sabés lo que es el llanto del hambre en un niño.

No se termina nunca su alarido, y parece que un tajo se te abriera en el alma.

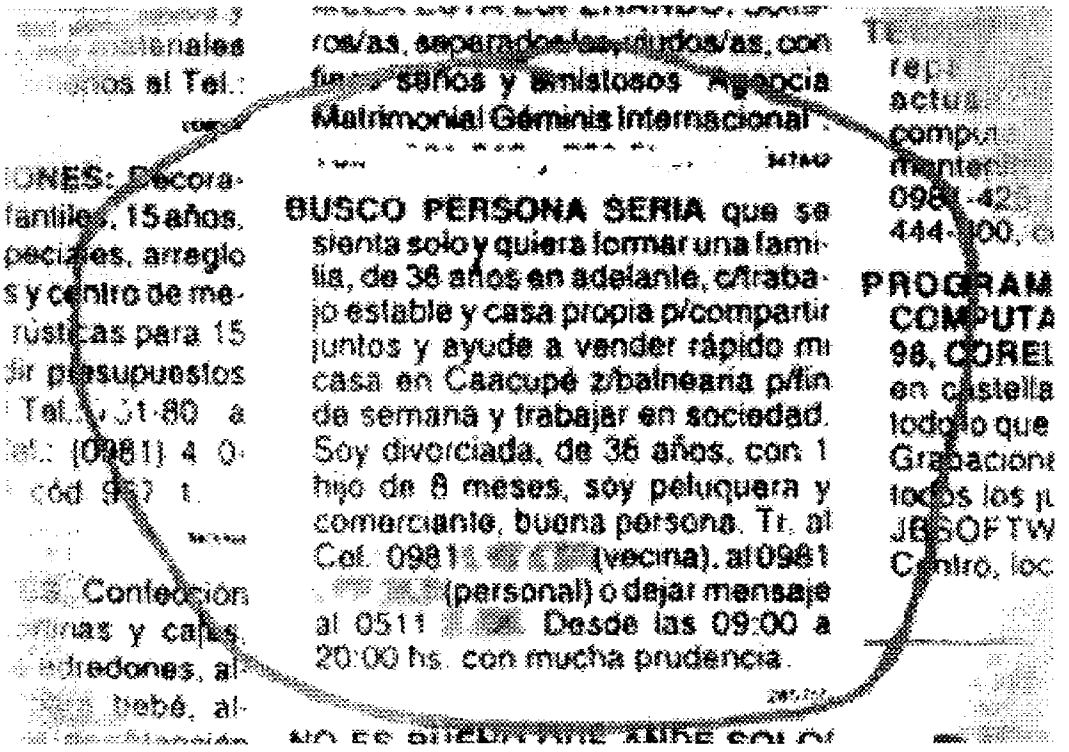
Y vi crecer en medio de las piedras, de los cascotes enmarronados, una hierba tan pura que no pude callarme:

—¿Por qué te golpeó?

Por toda respuesta me extendió una hoja arrugada de un periódico, pero estaba tan sucia de sangre y tierra, que olía a desgracia.

—¿Qué es esto?

—Mirá en el circulito, en el aviso:


BUSCO PERSONA SERIA que se sienta solo y quiera formar una familia, de 38 años en adelante, c/trabajo estable y casa propia p/compartir juntos y ayude a vender rápido mi casa en Caacupé z/baineana p/fin de semana y trabajar en sociedad. Soy divorciada, de 36 años, con 1 hijo de 8 meses, soy peluquera y comerciante, buena persona. Tr. al Cel. 0981 (vecina), al 0981 (personal) o dejar mensaje al 0511 Desde las 09:00 a 20:00 hs. con mucha prudencia.

Una mueca parecida a una risa se dibujó en mi cara, y comencé a pensar que todo era una broma, una caricatura de la pesadilla que me tenía allí, agachado entre el desvelo y las estrellas retiradas, un chiste que el destino me entregaba para que yo durmiera una vez más en la desesperanza.

Pero del viento, que estaba calladito en los rincones y movía de tanto en tanto las ventanas de una pared en ruinas, escuché que insistía aquella voz:

—Debía tres meses de alquiler y al judío ese no le importaba nada me iba a echar las cosas al pasillo y no conseguía trabajo no hay luego trabajo con esta crisis el farmacéutico el de la esquina porque el que está frente a la iglesia es buena gente pero el otro el de la esposa redonda como una cagada quería una dependienta para todo servicio "hay que romperse el traste por ahora" me dijo y yo como una loca mendigando comida y ¿quién te fía cuando tenés preso al marido? ¡qué iba hacer! Si yo fui de mi hogar toda la vida...

Me puse de pie y pude respirar profundamente el perfume de una guayaba que sobrevivía en el patio abandonado. Nadie caminaba aún sobre esta tierra.

La probabilidad de que la melancolía me arrastrara a sus aguas me alertó fugazmente, y tuve la ocasión de arrancarme de allí cuando un perro callejero empezó a ladrar rabiosamente y una luz se encendió en la casa de un vecino. Pero me sujetó con tal vehemencia, que las piernas se me atenazaron con sus llamas.

—Y se escapó de Emboscada y apareció por casa hace un ratito y me puse tan contenta que sólo quise alabar a Dios por el

milagro de tenerlo conmigo... No me dejés aquí, ella me suplicó, un poco de plata nomás quiero y me tomó de la cara y me besó los ojos y la boca. Un sabor infinito me pobló el alma porque en sus dientes cálidos encontré la certeza, sí, yo encontré al fin tus besos y recordé la primera tarde en que te desordené los cabellos; era a la salida del trabajo y estábamos al borde del abismo que plantea el amor y saltamos, saltamos al destino que nos mantuvo unidos hasta que el cáncer te llevó de mí pero hoy te he recobrado y estás tan linda con tus enormes ojos con tus caderas hechas para mis manos que ¡sí! vení conmigo allá lejos amanece sobre las nubes y aquel motor que suena es de un barquito que comienza a nacer todos los días a esta hora y ese que corre allí es un tren y ésta es tu casa pero es que lo he matado le cosí la barriga a puñaladas con este Tramontina así es que gracias siempre estarás en mí y el caminar hasta mi casa con los pajaritos de mi corazón con los peces que me nacen en la oreja con los suspiros de las ramas entrechocándose en mi canción entre mis sábanas y este sudor pastoso y esta fiebre que no acaba y que me empuja al alba y que a empellones me topa con el alba.

En el centro

—Le faltan dos dientes —dijo una señora a su compañera de asiento.

—¡Cómo va a venir en ese estado! ¿Estás segura?

—Pero si anda a las risas...

—¡A quién se cree que va a impresionar!

Patricio Torrez había ganado el concurso de cuentos del Instituto Nacional. Embrujó al jurado con su historia sobre una madre de familia en decadencia que, abatida por el aburrimiento y el desdén con que la trataban, enloquece un treinta de diciembre, y comienza una peculiar venganza contra sus seres más allegados a la hora del almuerzo. La locura, la poesía de aquella locura fascinó al jurado. Y lo premiaron. A más de uno se le aparecerían las pezuñas de doña Arminda a la hora del postre. Le faltaban dos dientes delanteros. Sí.

—Pero ¡y qué!

Rara vez le alzaba la voz a su esposa. Sólo cuando ésta, apabullada por su descuidado aspecto, le sugería tal o cual cosa. Porque el dinero para el dentista tuvo que gastarlo en el alquiler. Y no le dieron un peso por sus artículos en la nueva revista. No publicaron sus notas sobre Giannuzzi, un poeta que nadie conoce. Por eso. Tuvo que arreglárselas con el sueldo del diario.

Abandonado a los feroces mordiscos de la escasez, se lustraba los zapatos. Escupió en ellos para darles el toque final y para que los desvencijados cueros reflejaran su cara entera.

—Desgarrados, pero brillantes. Como la noche. Como yo.

Le tiró un beso a la mujer desde la puerta de calle.

—Cobro el cheque y vuelvo con una sidra. Esperame despierta.

Las luces del salón de actos lo deslumbraron de tal forma, que se creyó de visita ante el mismísimo Tupá, el que ensartó el corazón del sol desde la tierra. Como si llevara entre las manos no el fetiche en forma de pájaro y de oro y que era el símbolo de la luz, sino una pequeña ala tallada en piedra, esperaba con los ojos cerrados que la voz de Padre Último Primero lo dejara entrar.

Debía cantar, si le salía la voz.

—¡Miren quién llega!

A Patricio le cohibían las palabras alegres. Se sentía más cómodo entre las tristes. Sus pies estaban todavía sobre la tierra recién apisonada.

Debería cantar, por lo visto.

Y sonrió.

Mostró al mundo asunceno su boca lastimada. Su despectivo emblema saldría en todos los diarios, incluso en el que trabajaba.

—¡Por joder! —se afirmó.

Por dentro, que es por donde se inventan todas las lluvias, su Príncipe esperaba que le permitieran cantar.

—Adelante, Patricio. Adelante.

Ya estaba caminando. Escuchaba sus pasos sobre la roja tierra. Su dedo gordo escarbaba por entre el agujero del calcetín, sentía las piedrecitas del camino recién abierto que le lastimaban la piel. Y más allá la suela del zapato con su oreja gigante permitiendo que entraran todos a su minúsculo albedrío.

—Todas las fieras entran por la luna —dijo por lo bajo como saludando.

Entre palmoteos, ¡Hola! ¡Qué tal! ¡Fuerza Pato!, fue llegando a la primera. Deseaba quedarse hasta el alba, si lo dejaban.

Tomó asiento y cruzó las piernas.

Allí emergió en el viento su pendón terreno. Miró a los costados para contar los ojos que le pelaban los zapatos. Alguien frunció el ceño, la nariz y el sombrero. Buscaba a Héctor Vargas, su jefe de redacción.

—Quiero verte la cara de envidia —alcanzó a decir distraídamente.

—Señor Poeta con Mayúsculas —dijo en falsete afeminado—, Señor Poeta. En premio a sus alabeadas palabras con las que se dirigió al Vice Ministro desde su columna dominical y por las que tuve que penar delante del Dire, esta jefatura lo destina a cubrir la pelea del Toro, allá en el bajo.

—Y no te hagás del bobo —ya hablaba con palabras corpulentas, peso pesadas—. Andá. No vaya que na hacerte del chusco por aquellos lados porque nde religata en seco. Pasá por lo de Rodríguez y retirá el viático.

Patricio lo miró con rencor literario. Su antigua disputa con el recientemente nombrado Vice Ministro teñía sus páginas. Ciertamente envidiaba el ascenso de los demás. Le preocupaba más que su ruinoso estado financiero.

Mas ahora la suerte le sonreía. Le mostraba las piernas gráciles de bailarina en celo.

—Lo felicito, Maestro. Aunque algunas copas se habrá tomado Doña Arminda ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! para armar semejante lío —le dijo un viejo profesor de gramática y que mangoneaba de poeta lírico.

Dirigió su mentón hacia el Sur porque ya le comenzaba a disgustar la compañía. Quería retratarse solo. Quería agarrar el sobre con el cheque y ponerse a cantar.

—Usted ya no conoce a las viejas amigas...

La voz de la presidenta del club del libro de las damas del costurero centenario lo mareó del todo. Se miró las manos. La uña del meñique izquierdo estaba negra de tinte de zapatos. La escondió en el bolsillo. Ya era tarde. Ya comenzaba el semifondo.

—¿A una pelea te mandan? —le preguntó la esposa.

—¡Y por qué se me ocurre nacer pobre! Voy lo mato y vuelvo.

El taxi lo dejó a siete cuadras. "Con el vuelto me compro un malborito", pensó restregándose las manos ahorrativas. Estaba contento. Miró los carteles apagados de la Farmacia Splendor. Estos le recordaron a otros que en la memoria se le encendían y apaga-

ban y le mostraban los aleros que le sirvieron de albergue en los tiempos en que novilleaba con Claudia, y se largaba el frío, y él regresaba. Se conocían de antaño con el desprolijo empedrado. "Como si los hubiesen tirado desde las nubes", pensaba mientras eludía los pozos para pasar el tiempo. Iba por el medio de la calle, como regresando. Lloviznaba intermitentemente. Sólo quería dejarse estar.

Cuando miró la cola de gente que se desordenaba entre los pocos automóviles estacionados, se animó aún más. Adentro el alboroto de la popular retumbaba en el techo de zinc.

—A falta de pan, bueno es el circo —le dijo a otro periodista que lo reconoció entre el gentío.

Pero estaba encantado.

Contaba con la credencial del diario y podía entrar sin más trámites; no obstante quiso hacer la cola. Esperar el turno y mojarse con la lluvia finita que empezaba de nuevo. Como bajo la sombra de una nube gigante que se desplaza a ratos, y a ratos se queda para siempre, así la noche mostraba a sus pasajeros la alegría.

Porque adentro todos estaban encantados.

Las voces encontraban el torbellino cuando cruzó el portón de acceso. La música ondulaba sedienta. Le pidieron que se acercara al proscenio. Entre la escena de poetas y la orquesta de vocecitas reprimidas, tenía que cantar.

Buscó en los bolsillos el boleto del colectivo para equilibrarse, pero encontró un remedo de igualdad: la tarjeta que invitaba al acto de premiación. La vara que golpea la tierra hasta hacerla

sangrar lo esperaba en las sombras. Su madre bajita convertida en oso hormiguero, lejana y feliz, lo esperaba en las sombras.

¡Ah Gran Papá! Tú que eres el dueño, el gran dueño del maíz, tu casa es grande y mandas sobre todos nosotros.

Ahora.

Papá ya que eres grande,

retórname las hermanas bajitas

que en numerosas lágrimas

ya fueron dejadas atropelladamente.

Lo esperaban las sombras.

—Damas y Caballeros —discurseó el presidente del jurado—. El talentoso y joven creador nos invita a seguirlo por los caudalosos caminos de su imaginación.

Patricio alcanzó a sacar un cigarrillo, pero estaba tan emocionado que lo encendió por el filtro. Y anunciaron a los protagonistas de la pelea estelar.

—Por el Título Sudamericano de los Welters Juniors. Con seseeenta y dosss kilos trescieeentos, desde Brasilll Joaquiiim "El Trueno" Daaa Silva, Campeón Sudamericanoooo.

—Y eeen el otro rincón, de Paraguayyy, con seseeenta y dosss kilos ciennn, con diez y nueve peleas invictas. Quiiince fuera del límite y doooce en el primer round: ¡"El Torooo", Rubén Darío Azuagaaa!

El Toro se sacó la bata y dejó al descubierto sus músculos. La tribuna comenzó a los gritos, entusiasmada. Fascinada. Estaban inventando una alegría; estaban inventando un avatar de héroe. Patricio lo comprendió en su cabal extensión, en su total y sencilla transparencia.

El Toro pegaba unos saltitos, como danzando, y esquivaba los golpes de su entrenador. Invocaba así la memoria de todos los allí presentes. Patricio estaba en el ring side y casi lo podía tocar, lo hubiera hecho. Hubiera bastado con estirar las manos, pero tenía el cigarrillo prendido del revés.

—... por su discurso narrativo de gran vigor expresivo y sorprendente fuerza emocional, que describe con justeza tanto el paisaje humano de seres marginales (con sus pasiones, costumbres, sentimientos y lenguaje coloquial), como el contexto social violento social que... —el presidente del jurado no acababa nunca.

"Y ahora es cuando anhelo regresar en pos de las huellas del agua, y que los espejos de la risa, y que las caras de la risa, y que la gran boca de la gran carcajada, me vean partir", se dijo Patricio.

Pero tenía que cantar.

El Toro, golpeándose el pecho con los puños enguantados, indicaba el camino. Ése y no otro era el camino de la fabulosa alegría. Su carne valiente brilló por un momento para él, para sí mismo. Para el Toro.

Patricio se dio cuenta y un gozo incomprensible lo invadió. Le vino desde el vientre, desde las deudas atrasadas, desde las

calles, desde las riberas del río que lo empujaba, y se le fue a la nuca y de allí a girar y girar como un collar antiguo que estrangula al caballo del humo.

Ese hombre lindo capturado por mí
ya está en el tiempo pasado.
Yo mismo
solo y sin nadie en el mundo
solo me odio.
Yo, ya viejo,
fui en otro tiempo fuerte.
Yo mismo
solo y sin nadie en el mundo
tengo ya el hermoso hoy.

—Reciba el galardonado, Don Patricio Torrez, esta estatuilla que perdurará en sus manos...

Tenía que cantar y dejarse de joder.

Tenía que agarrar el sobre con el "checonato" y dejarse de joder. Pero estaba allí prisionero de sí mismo, de la belleza ajena, de la alegría recién descubierta, recién inventada.

"El Toro esquiva una derecha en contra y saca un gancho ascendente de izquierda que da de lleno en la zona hepática del brasilero. Toda su humanidad se tambalea...", quiere escribir Patricio, pero escucha únicamente la otra voz con que le reclaman sus antiguos padres que ya han sido osos hormigueros y que han quedado lejos. Y sus abuelos que doblan la cabeza para dormir en cada verso. Y la miel de sus abejas en la boca le señalan el camino

del corazón, allí, allí en el centro, en el centro del Sol, y como entonces recuperar los nombres que hoy ya son impronunciables.

—Digo que no debería haber sobre esta tierra más que gimnasios y poetas. Los unos para que nos enseñen a defender lo que nos pertenece. Los otros para cantar el triunfo.

Y agarró el sobre y se volvió a su casa.

Muy mal día, Rodríguez

—¿La tenés de oro que es tan cara? —rezongó.

—Sí, y con los pelitos de platino —respondió la más alta, la más linda de todas.

Esa pequeña frase lo excitó al punto de obsequiarle una leve erección... "Con los pelitos de platino...". El aire de pobreza que rondaba el lugar, confería a la muchacha una insondable importancia. Entre las piernas de la prostituta se abría una obsesión hueca y sin prisa que invadió por un instante el pulso de Rodríguez. Y lo alivió. Lo desmemorió un momento. Y lo llevó de las manos al hotel "Los dos claveles". Al entrar en la recepción, la luz lo bañó con una alegría intacta, desconocida, para él. El foquito burdelero era un sabio guía para los desesperados. Un almanaque de "El gomero de Venecia", mostraba unos pezones para los que quisieran mirar y besar y echar allí las tripas. Ahí apoyó la frente como era debido. Y respiró los años húmedos y desenfrenados de la pared que lo abrazó con sus aristas cálidas. Caminó unos pasos. Algo de dinero llevaba en los bolsillos. Una pieza abrió los labios de rojo junio, y sintió que suavemente lo encaminaban. Sintió que le desprendían la camisa, que lo acariciaban, que lo besaban. Una lengua, enroscándosele en los muslos, le desprendió la bragueta. Unos dientes, como diminutos jazmines, le mordisquearon la carne.

—Seguí mi amor, seguí... —dijo respirando profundamente.

Afuera lo esperaba el atardecer.

—Seguí Negrita, seguí... —la nombró enamorado.

Afuera lo esperaban los verdaderos nombres del atardecer.

La marca.

En la mañana de ese lunes se vio obligado a ir al Cottolengo. Tenía que vender lo que fuera. Un colectivo lo dejó en la esquina de General Santos y Fernando de la Mora, donde el edificio blanco, el que tiene en la vereda unos bancos a modo de jardín para ciegos, sonreía con todos sus dientes.

—Unos años atrás, me hubiera negado... —murmuró Rodríguez.

Cruzó la calle.

—Pase y espere —le ordenó una voz.

Pudo ver que la desconfianza le emponzoñaba los ojos al anciano que abrió la puerta. Se sentó en una sillita de metal y vio cómo, deslizándose, apoyado en unas muletas, el hombre se ocultaba en una oficina pequeña. Le pareció ver una máscara que lo observaba; le pareció escuchar el ruido de maquinarias en funcionamiento. Parecía estarse quieta, pero la marca peluda ya le oscilaba por entre los dedos, como un lunar que naciera para morir, pero que retornaba siempre, siempre. Con más frecuencia aún desde el nacimiento de los chicos.

Todo era blanco o gris, no importa.

—Sí —atinó a decir.

—¡Sí qué!

Ya estaba en la habitación en donde los inválidos fabrican etiquetas. El intenso y coordinado movimiento de sillas de ruedas,

lo despabiló: "¿Qué habrán hecho estos prójimos para vivir en semejante castigo?", fue lo primero que le vino a la mente.

Alcanzó a decir:

—Yo traigo la máquina que imprime.

—¡Dónde la dejó! —ladró el que se mostraba como jefe del taller.

Desplegando el catálogo del artefacto, Rodríguez habló maquinalmente. Y miraba las jorobas, las piernas torcidas por una desconocida maldad, los cuerpos pequeñitos y piernudos. Unas manos desencajadas iban y venían con tal destreza por entre los hilos tendidos, que sintió que el terror le dibujaba en la frente la mancha.

Quiso escapar. Dijo un precio en dólares. Uno de ellos insistió:

—Compramos la máquina, pero antes queremos verla.

—Mañana se las mando... —dijo por decir algo.

De regreso del Cottolengo entendió que esa entrevista le enviaba un mensaje de suma urgencia. El peligro se cernía sobre los chicos. Estaba tan abstraído en sus pensamientos, que no se percató que al pasar le arañó la cara a un estudiante. Iba agarrándose del pasamanos hacia el fondo del colectivo. Se hallaba lejísimo cuando se vio la marca en el pulgar de su mano derecha; no escuchó sus propios resoplidos ni los plagueos del muchacho. Bajó disparado en la plaza; buscó su lugar: el fogoncito que congrega a los lustrabotas, a las chiperas, a los soldados de franco. A él.

En ese momento Pedro Juan Caballero regresaba él también de su recorrida y lo distinguió de lejos. Allí abajo se dibujaba el

perfil atribulado de Rodríguez. Arriba, el cielo de Asunción, como un mar oscuro que guarda en su pecho la vida y la muerte, respiraba húmedas brisas. Llevaba dos semanas así. Quién sabe qué sentimientos se le cruzaron a Pedro Juan, que se acercó y a modo de saludo, le dijo:

—¡Vamos!

El otro, que estaba acurrucado, recomponiéndose, ensayó una respuesta:

—Ando reflexionando la manera de encarar el segmento de los mercados verticales para una exposición que tengo en la Cámara de Importadores. Me lo pidió el jefe y no me puedo negar. Así que me voy más tarde nomás.

Lo dijo con tal convicción, que Pedro Juan no pudo menos que marcharse de allí. Alejándose de esa sombra parlanchina, pensó que bien podrían ser ciertos los cuchicheos de la perrada en la oficina.

La mirada gelatinosa de Rodríguez no se defendía.

Tenía la vida para este habitante de la desesperanza nada más que dentelladas de puro odio y desdén, de implacable castigo y despectivas miradas. pero hay que decir que Pedro Juan no se mofaba de su compañero, no lo hizo nunca. Porque hasta Félix, el de fama de borracho y bonachón, señalando con el pulgar al entrepiso en donde pasaban horas y horas el patrón y Lidia, la esposa de Rodríguez, comentó como para que escuchara todo el mundo: "El amor tiene sus leyes inextricables...", y comenzó a doblarse de risa, tanto se rió, tanto se carcajeó a costillas del pobre manchado, que se murió allí mismo, hecho un ovillo de diente lágrimas.

Eso dicen los más antiguos. Dicen también que la culpa de la muerte de Félix, la tiene el lunar del patrón: Un maleficio elíptico de atenazados colmillos, que en la leyenda hace aparecer a los hijos lascivos, ese lunar en medio de la espalda. "Es su marca luego...". Pero el más más de la empresa es sano como un roble. Y a Félix, que necesariamente era llamado por la muerte, debido a la pérdida de sus hijos, se lo llevó un ataque al corazón.

La risa nunca es buena en la boca de un triste.

Pero a Rodríguez sí que lo torturaba esa mancha. Al despertar, lo primero que veía era ese lunar instalado en el fondo de sus ojos. "Con la ducha se me pasará", pensó al principio, poco después de que nacieran sus hijos. Luego, con el correr del tiempo se le hizo familiar esa mancha oscura y velluda. Se le hizo permanente la sombra que le nacía en uno de los vértices de la córnea. Aunque de mañana temprano gritó en el baño:

—Voy a arrancármela con un cuchillo si sigue macaneando allí.

—¡Qué te pasa a vos! —le gritó Lidia desde la cama.

—Nada. Esta porquería de maquinita de afeitar no funciona ya otra vez— respondió Rodríguez bajando la vista.

Y de paso mirando las terribles piernas de su mujer. Preso de un ensueño que lo instaba a sentirse el dueño y señor de esos vellos profundos, roncó extrañamente.

La mancha se le había instalado en la punta de la nariz; pero volvió a metérsele en los ojos cuando quiso pescarla.

Tomó el desayuno en silencio. Sólo quería despedirse de los niños que aún dormían. Eran tan pequeños. En puntas de pie se acercó a las cunas. El mayorcito tenía las mejillas de un dulce durazno. De repente le vio la marca en la cara y de una dentellada quiso arrancársela. Lagrimeó de placer justiciero. Ese impulso feroz lo hizo brincar hacia la pared que mira a la calle. Sacó la cabeza por la ventana; se acomodó la corbata. El viento le despeinaba los cabellos lacios. Sus ojos en permanente huida estaban ahora fijos en el horizonte. Regresó por los chicos. Pero su mujer estaba ahí a los alaridos:

—¡Qué hacés que no te vas a la oficina y te dejás de andar macaneando por aquí!

Rodríguez la observó un momento. Y nadie sabe cómo, pero se arrojó hacia sí mismo como un caballo hermoso que atropella el olvido, como una lengua de fuego, una bocanada de humo, un boccato di cardinale. Una boca desdentada se lo empezó a tragar. Se vio en la encía sangrante esquivando palillos, tazas, fideos. Por entre los restos de unas muelas se descolgó, aferrado a un hilo dental, y palpando con los pies, sintió que la lengua que lo empujaba hacia adentro, hacia el abismo de zanahorias y lechugas y tomates, le exigía la voz. Se escuchó hablar, animado como nunca:

—¡Vení Negrita, vení!

Cada vez más enérgico y enamorado para siempre.

Las manos de la lluvia

—Dios no tiene amigos en la tierra —habló para sí.

En ese momento de la tarde, cuando el sol parece quedarse en los picaportes que brillan desconcertadamente en las puertas callejeras, como si guardaran para siempre el luminoso instante en que el día nace de su propio fuego, don Alfredo salió a buscarlo. Sabía que el hijo tenía la costumbre de andar por el puerto a esa hora, las seis de la tarde. Que antes recorría las plazas del Congreso. Que se extraviaba en las mañanas, pero que siempre daba con las veredas que lo conducían de regreso.

Los parientes del muchacho eran, desde hace mucho tiempo, las gentes que volvían del trabajo. Decía a menudo:

—Yo los cuido: son como mis hijos. Los trato bien, les enseño cómo tienen que cruzar la calle. Aunque algunos son medio retobados y me corren. Se me disparan apenas me ven, pero yo los alcanzo con mis championes Siete Leguas. Y los traigo de vuelta. "¡Por aquí! ¡Por aquí! Por la raya blanca. ¡No señorito! Por la mitad de la calle ¡No! No les grito mucho; les hablo fuerte nomás... para que entiendan".

Don Alfredo terminaba las labores en su farmacia, tomaba la camioneta, y salía a su encuentro. Las prostitutas de la calle Palma ya lo conocían y es por eso que nunca lo molestaban con insinuaciones obscenas. Lo respetaban. Sabían que buscaba al muchacho.

La Turca comentó:

—¡Qué pena! Tan lindo señor...

Algo parecido venía reflexionando don Alfredo cuando lo vio doblar por Colón a la altura del Tropicana Club. Detuvo la camioneta para mirarse las manos:

—¡Qué hice!

El muchacho fue el fruto de un amor maduro. "En exceso". Se recriminaba con los ojos puestos en su esposa, que no quiso abortar. "Casi cincuenta ya tenías...". El hijo se acercaba. Inexplicablemente lo reconocía.

—¡Mirá papá. Vos viste cómo los cuido; cómo estoy siempre aquí para que no les pase nada; y mirá lo que tuve que hacer!

El muchacho había garabateado un cartón de cigarrillos. Con los dedos mugrientos indicaba:

—¡Yo les voy a enseñar quién es lo que manda! Mañana me voy a ver al jefe y aquí está la prueba!

—¿Comiste? —preguntó don Alfredo.

—¡Qué voy a comer, si todo el rato lo pasé dale que dale escribiendo...!

A don Alfredo le oprimían el corazón aquellas palabras desatinadas, aquella mirada perdida.

—No te hagás mala sangre que ya llegamos a casa —le dijo cariñosamente.

Pero el hijo, que se dormía apenas apoyaba la cabeza en el respaldo del asiento, no lo escuchó, no lo escuchaba nunca. Todo el fragor del día se posaba en su frente.

Y don Alfredo quedaba a merced de sí mismo. De sus pensamientos, de su inagotable tristeza. Un día se dijo:

—Tal vez matarlo sea un acto piadoso.

Pero en seguida despertó. Las alas del amor lo rescataron de los dientes del pecado.

Don Alfredo quiso armar su futuro, años atrás, enamorándose de su secretaria. Y elaboró una modesta red de seducción que lo llevó a comprarse nuevos zapatos y a intentar descifrar el corazón de las mujeres. Leyó a Stendhal. Visitó a los amigos. Algo turbado se lo veía por ese tiempo. Pero pasaron los meses y el aburrimiento lo abismó nuevamente en la tierra conocida. La patria de su melancolía. La muchacha, pese a entregarle sus besos ardientes, su cuerpo hecho de siestas clandestinas, no lo rescató. No hubiera podido. Nada más que el pasado lo llamaba de veras. La despidió una tarde de extraordinaria hermosura, una tarde de mayo, cuando el viento del sur alza las faldas de las enamoradas.

Don Alfredo buscaba la soledad para allí echarse al desenfreno de la memoria.

Y allí vio el gallo.

Vio que se acercaba lentamente, como si el animal se encontrara buscando el camino perdido. Porque el gallo venía por el pasillo de los dormitorios con la mirada de los fugitivos. Eran las nueve y media de la noche y todos acababan de acostarse. Y en el momento en que don Alfredo se levantó como para espantarlo, el animal rumbeó sin dudas hacia la habitación del chico. Y allí saltó a la cabecera de la camita. Batiendo las alas comenzó el canto

pavoroso ante la mirada sobrecogida del pequeño, quien se largó a llorar con tal desesperación, que el padre tuvo que golpearse el pecho para poder así despertarse de la pesadilla. Y el tratar de mover los pies fue un parto de sangrantes plumas; porque sintió terror al ver al plumífero tan dueño de sí, de su canto de muerte. Tan dueño de sí y entregado a la muerte.

—¡El nene, Alfredo! ¡El nene! —le gritó la esposa.

Ella tomó del cogote al maligno gallo cuando éste iba a lanzarse hacia la ventana. Y el revolear del ave por sobre las cabezas. Por encima del mundo. Ya estaba muerto y seguía moviendo las alas desenfrenadamente. Y seguía a los gritos cantando quién sabe qué cosas.

El padre, arqueado en el dolor, cerraba los ojos de espanto.

Después de aquella circunstancia atroz el chico, que era vivaz y simpático como ninguno, fue un mar enlutado. Un ángel triste. Y llorón. Sí. Se dormía a cualquier hora y al despertar, las lágrimas los inundaban para llevárselo. ¿Hacia dónde? Nadie lo sabía.

Pero don Alfredo algo adivinaba. Porque remontaba el vuelo de los días perdidos; iba hacia allí como quien busca en los bolsillos de un sacón enlutado, y se veía. Sí. Se veía mirar desaforadamente las piernas abiertas de su madre cuando pedía más y más. Era de tardecita y un hombre estaba allí golpeándola, y ella viboreando sobre las sábanas.

—¡Callate mierda!

Pero no se escuchaban.

Algo sabía don Alfredo que estando como ausente, se encontró de improviso detrás de unas cortinas.

—¡Qué hacés ahí, pendejo desgraciado! —dijo el hombre, levantándose.

Y allí vio por primera vez el gallo.

Lo vio entre las piernas amadas para quedarse dueño de todo. Estaba entre las piernas amadas, en la selva rumorosa.

Nunca supo de unos ojos iguales.

—¡Salí de acá! —le dijo.

Don Alfredo se mira correr hasta encontrar su llanto en los brazos de la empleada doméstica. El llanto y un tibio refugio. El consuelo ante las voces del frenético desprecio estaba allí, en aquellos brazos.

Tres años después, al cumplir los siete, dijo sus primeras palabras: "Allá", dijo. Y "pie" y "mano". Los padres lo miraban con ternura y con algún horror. Pasaron otros siete años y el chico a duras penas podía borronear su nombre. Pero ya hablaba inapropiadamente, pero hablaba. Y era fornido como el padre. Tal vez por eso y porque lloraba inconsolablemente, no había forma de atajarlo, y salía a la calle. "¿Qué lo excitaba de tal forma?", se preguntó mil veces la madre.

Aquella tardecita don Alfredo llegó a la casa con pulso tembloroso. "quizás alguno le pegue", pensó. "Y se le vaya la mano", le respondió una voz desde su aprensivo corazón.

—¡Mirá mamá! ¡Mirá mamá! ¡Voy a hablar con el jefe! —dijo el muchacho al traspasar el umbral de la puerta de calle.

En la cocina, luego de la cena, los esposos se juramentaron no dejar solo al hijo. Jamás. Con la mirada se pidieron perdón. Se besaron amargamente.

Y a la noche el sueño. En los ojos tenía metida la inefable sombra que con sus garras arañaba la puerta del baño, para meterlo en el universo de la pesadilla. ¿Qué había hecho? Nada. Pero todo.

—¡No! ¡No! ¡Me espera allá un señor! —habló lloriqueando el muchacho. Al otro día don Alfredo lo siguió en silencio. Dejó que se alejara un trecho y, mientras tanto, miró el cielo de enormes nubarrones negros.

Esa mañana se dejó caer sobre Asunción una lluvia escandalosa. Los vientos huracanados arrancaban de cuajo las columnas del tendido telefónico, las casillas de los cigarrilleros, los árboles pequeños. La gente observaba desde las ventanas, desde los zaguanes, cómo los raudales arrastraban a su paso los tachos de basura, las bicicletas desatadas de un taller hecho ruinas, los toldos y las cortinas del mercado, los carteles, las palabras. La lluvia parecía arrebatárselo todo.

Y Don Alfredo iba por 14 de Mayo en la camioneta. El limpiaparabrisas era insuficiente para permitirle ver, siquiera a dos pasos de distancia. Estaba cerca del centro. Estacionó. Caminaría. Se refugiaría en el San Marcos. Abrió la portezuela y se bajó, tratando de correr. Y comenzó a dar unos pasos. Las anegadas calles

se cubrían de malezas nuevas. El agua podrida le llegaba hasta las rodillas. A la izquierda un gigantesco matorral corcoveaba enfurecidamente: La Plaza Italia. Pero él ni se enteró; estaba demasiado ocupado en mover los pies prisioneros del barro. Levantó la cabeza para respirar y, casi frente al cine Victoria, la lluvia enardecida se le metió a los ojos enceguecíéndolo.

Y ahí vio al gallo.

—¡Nene malo! ¡Nene malo! —entendió que decía. Y lo agarró del cuello de la camisa. Y le clavó las garras en los hombros. Lo zamarreó como jugando, mas lo hería hasta hacerlo sangrar.

—¡Nene malo! ¡Nene malo! —chillaba con los ojos enrojecidos.

El gallo.

Don Alfredo quiso escapar, pero trastabilló cayendo de bruces al agua por un instante imposible. Apretando los dientes para guardar el aire en los pulmones, se sobrepuso; consiguió erguirse, pese a todo. La lluvia tenía un indecible sabor a sangre. A vida.

Uvas demasiado blancas

Aquí nomás, por Yegros casi Herrera, y en el almacén del coreano, ese que está frente al diario, aquí mismo fue que me miró y me dijo: ¿Querés?, me dijo, y yo: No, gracias. No, gracias. Me habían prohibido que recibiera regalos de desconocidos, pero aquella era una señora vieja. Pero lo mismo le dije que no. Yo iba por allí por hielo, de guaú nomás, porque me metía a robar frutas, yogur, Toddy, lo que fuera para calmar las tripas. Mientras el coreco se daba la vuelta hacia la heladera, yo manoteaba. Pero insistió y yo me animé a mirarle la cara y era altísima La Lunga, y me ofreció de nuevo: ¡Tomá! ¿No querés? y fue así, a la segunda vez que yo acepté y me tomé el Ades de un trago. Sí, fue a la segunda que yo sentí sus dedos sobre los míos, apretando el envase de cartón fresquito; y eran rojas sus uñas y eran largas; su piel con pecas y arrugada respiraba no sé qué lunares oscuros. Le vi el reloj, las pulseras que marcan los años. Mil habrá tenido en las muñecas... Me dijo nuevamente: ¡Tomá! ¿Querés otro? Y asentí con la cabeza, y mis ojos fijos en sus ojos que me miraban la boca. Me tomé el de manzana sin respirar. Ella me arrimó un racimito de uvas blancas y frescas. Acepté. Le di las gracias y salí caminando despacito. Agarré por Yegros y me fui derechito hacia el bajo, hacia el río, hacia mi casa. Eran las seis de la tarde del primero de noviembre del año en curso. Y el sol, como una mano al ras del piso, bajando las persianas de las oficinas. El sol que se iba le daba en las espaldas abatidas; en los hombros curvados parecía detenerse la luz. Caminó despacio, como si me invitara a seguirlo. Y lo seguí. No sabía bien hacia dónde, pero como tenía un vuelco en el corazón, sólo dejé que me llevaran los pasos míos. ¡Qué cosas, éstas, la vida!... Pateó una piedra al cruzar Azara; se detuvo un momento frente al edificio del Banco Exterior para estirar las manos

hacia arriba, como si así atrapara el reflejo del atardecer que en los pisos de arriba expandía su brillar demencial.

Yo acababa de lanzar mi tercer libro y en el diario me habían reporteado por ese motivo. El periodista percibió la nostalgia, la ausencia, el lecho vacío... La pérdida. Hablé y hablé hasta casi llorar. Así transida de recuerdos, abandoné la redacción y crucé la calle. No habría nada en el mundo que me lo devolviera, pero lo vi allí, husmeando entre las frutas con unos ojos de ladrón...

Y me parece que este chico bien puede ser mi mandadero y le pagaré bien y lo tendría bajo mi cuidado. Y si tiene cabeza lo meteré al colegio. Mirana che reina, yo ko te agradezco mucho lo que decís por mi hijo...pero vos sabés que él es demasiado útil, y así así nomás no te lo voy a mandar. Un cien mil'í para la casa y su propina de los sábados. ¡Y listo! Ya estoy aquí de doce para trece, caminando por Perú. La Pérgola. Masitas, medio kilo para la merienda. Ya me empiezo a aburrir por aquí, solo. Voy a traer a los muchachos... Y la carne que se afloja, se arruga y deja huellas en las faldas, en las medias de seda, en los zapatos. La carne hecha jirones por el tiempo deja sus huellas en el mismo humo. Su olor perdura por sobre toda esperanza, y en las junturas, allí donde los dedos alargan su horror y rascan las cicatrices de las madrugadas, allí, allí se espera. Y aquí te quiero yo. Vení. Leeme el diario. Leeme bien el cuerpo, quise decirle, pero me está mirando, y yo le alargo el racimo de estas uvas blancas y no sé qué pasó y comencé a meterle mano, medio masajeando, y era blanca La Lunga y en su espalda sus huesitos sobresalen como un pollo a la siesta, como una gallina cacareando, en los hombros, ahí, ahí en los hombros..., porque mi soledad es mi única bandera y mi desquite es este caca-

rear y ahora en la cintura, así, así, que siento aún los dolores del parto de Busi, tan figurona que me salió, cuando estaba por ponerme a escribir por los pañales y más pañales,

y sus nalgas se arriman demasiado
como si fueran muertas por el alba
de un alarido azul;
desesperado

busca entre las sábanas la luz que lo libere, pero las uvas blancas están ahí sonrientes y abatidas:

Voy a traer a los muchachos.

Pájaros en la noche

No era posible tanta felicidad. Lo sorprendió la muerte cuando al fin le iba de lo mejor: un rango de privilegio en el Ministerio de Hacienda, cargo que llevaba sin ostentación ni malicia, pero que lo hacía nalguear, cuando orgulloso cruzaba el hall de entrada por las mañanas; una casita en Villa Morra con dos mangos enormes y frescos en el patio y un interior convergente en una sala de increíble y delicada sencillez; un Ford del Rey nuevito y rojo en el garaje, y al lado, justo al lado y para siempre, Antonio, el único amor de su vida.

De Patiño, una de las compañías más alejadas de Coronel Oviedo, llegó a Asunción este muchacho arrubiado y de angulosos rasgos. Vino llegando con un origen similar al de todos, pero que a él lo persiguió toda la vida, incluso en sus momentos luminosos.

Los sermones de Paí Salvador que llenaban de llamas el futuro de los pobres diablos fornicadores, los rosarios interminables de su madre, más creyente que un cirio, las exigentes jornadas de catecismo que tuvo que padecer para salvar la primera comunión, no lo abandonaron jamás. Estas terribles y familiares sombras le abrieron las puertas de la adolescencia y lo arrojaron a la vida, al deseo reprimido, y a la libertad, que no conoce de esperanza, mas le afila los dientes al obstinado empeño de los insomnes.

Él hervía a sus años, y callaba.

Cuando ingresó a la facultad ya era distinto. Al mirarse al espejo solitario que le entregaban sus noches, prisionero del amor absoluto, del gigante dolor incomprendido que le poblaba el alma, no anhelaba otra cosa que esos gemidos roncos en su espalda y, tal vez, partir después.

En aquella época se conchabó como ordenanza en el Ministerio. Y sus veloces piernas en pos de empanadas, del remedio para el tereré y de papeleos varios, le granjearon la estima de sus jefes, porque así como era rápido, así era amable como ninguno, y con el tiempo, astuto para sacar partido de los errores ajenos.

A Antonio, en cambio, nunca le fue muy bien que digamos. Había nacido en el Barrio Obrero, y a los tumbos pudo terminar la primaria, pero tuvo que hacerla en la otra punta de la ciudad, ya que no le quedaban escuelas en las cercanías. Un niño enfermizo fue, y sucio. Estaba tan acostumbrado a tocarse los genitales y a poner los ojos en blanco, que los muchachos del lugar lo tenían por bobo, y de alguna manera lo era teniendo en cuenta ese mínimo rendimiento escolar y esas negras costumbres.

—Pero es un vivo este pendejo! —exclamaba su padre admirando el pájaro que Antonio contaba para su edad.

Para el chico fue siempre su orgullo y lo mostraba —lo paseaba— sin pudor alguno por los baños del Fomento y por los alrededores oscuros de la canchita, oscuros por el tipo de incipientes malvados que los frecuentaban, y por los juegos, ceremonias iniciáticas de sodomía, disfrazados de balita-balita, trompo arasá y otras crapuladas con que engañaban, estos pillos, a los mayores. Su fama de pajero era tal que apenitas pasando los doce, ya atraía a los maricas de los barrios vecinos.

Así fue haciéndose hombre.

Alternaba las changuitas en el taller de chapería y pintura, con las escapadas nocturnas a los quilombos del bajo.

Su madre, una chipera de saludables y enormes ancas abiertas a las manos de don Perales, le rogó a éste que le permitiera a su hijo aprender el oficio en el taller. El viejo no encontró la manera de negarse, ya que Antonio era su ahijado, mas no podía entender cómo una mujer así de fuerte y guapa, tuviera semejante vástago. Y es que el muchacho figuraba una sombra de huesos crujientes.

Tiempo después comenzó a escuchar las historias del aprendiz-ahijado, y sólo atinó a respirar profundo y a menear la cabeza desconcertadamente. Eso sí, lo carajeó más a menudo. Antonio embestía con afán los guardabarros, pero con escasa fortuna.

No le entraban balas al infeliz; no quería otra cosa que escaparse a los quilombos.

Por aquellos días se agarró un metejón extraordinario. Lo deslumbró una prostituta. Era una mujer de una edad indefinida, que por la mirada, algo arrugada de tanto ver en las penumbras, por el amargo y hostil aliento, y por el pelo quebradizo y escaso que delataban en ella ese tiempo curtido en el trabajo sexual, los muchachos la definían cruelmente: la jaca.

—Esa jaca tiene el culo más arrugado que yegua vieja —decían.

Cualquier persona decente hubiera calificado a aquella pobre hetaira de mujer madura, a lo sumo de cincuentona. El caso es que una noche que él andaba por ahí, esa estoica mujer se pasó a más de veinte pendejos. Antonio veía el entrar y el salir de la calenturienta clientela y se puso en la fila. A su turno, la pupila sin siquiera mirarlo, le pidió la plata, lo mandó a lavarse las inmundi-

cias, y lo acabó en un tris, sin decirle una palabra de su afamada gracia.

Quedó impresionadísimo, nunca había visto tanto carácter en una mujer.

A Antonio le fascinaban esos lugares turbios y calurosos, con paredes oliendo a sudor; porque las cobijas servían de divisoria a las innumerables piecitas, y de toallas malignas y de pañuelos febriles, también. Un olor extraño despedían las alcahuetas paredes, una mezcla de espanto y de dulzura, de vida que está por acabarse de un momento a otro, de vida que va a nacer allí mismo a un destino enorme como la verdad. Los focos, a fuerza de estar pintados o empantallados con pedazos de cartón, disfrazaban las hediondas taperas hasta que éstas adquirían los rasgos increíbles que los viciosos arrancan a la soledad. Esas mutantes y zurcidas banderas del erotismo de los que sólo tienen la pobreza y el hambre como un sol en el vientre, no podían expresar mejor la risotada de sus noches de farra.

Como viejo animal de hábitos retorcidos y tristes, buscaba solamente esas reblandecidas carnes, hasta que un día la buena suerte le acarició las manos o ¡quién sabe! se le cruzó el amor, cuando ella le pidió, una noche de otoño imperdonable, que se quedara hasta el alba, si aguantaba.

Supo en aquel momento lo que era una mujer entregando sinceramente las entrañas. Se montó a la prostituta gratis toda la noche.

Se creyó en el cielo.

Razonó que merecía ese lugar por sobrados méritos, y empezó a verse un caficho verdadero, de perfiles agudos y quebradas maneras de voltear la cabeza y ropas blancas y zapatos blancos. De algún espejismo trajo un sombrero panamá y se lo puso en esa cabeza de chorlito. Ya vigilaba a las pupilas, ya las protegía de los borrachos y de los que fiaban el polvo al entrar en confianza para luego desaparecer. Él se encargaría de perseguirlos y del forro del culo les sacaría el dinero.

Pero la vida gorda no le duró mucho. Meses después una neumonía lo arrinconó en un catre del Hospital de Clínicas hasta hacerlo papilla, y arañarle la cara con ojeras que ondularon su pavor. Los achaques le perforaron hasta las piedras.

Abandonado a su suerte, más inútil que nunca, su enorme pájaro con las alas rotas por el destino, añoraba el pasado. Como un formidable cadáver de ratón, que fuera la diversión, el repugnante pelota tatá de los dioses que todo lo saben, Antonio iba de un muslo a otro, añorando.

Un mediodía de diciembre, tiempo en que los ánimos se alegran, se acercan demasiado, Aníbal se topó con el viejo en el momento en que corría a vender unos dólares que los muchachos habían obtenido como propina. Lecayá lo miró de arriba abajo, y se preguntó ¿dónde lo había visto? Los recuerdos le desordenaron el pecho, y comparó aquel ordenanza con el Efebo del Belvedere de sus años mozos quien, como un ángel de glaucos ojos, acudía a los brazos de su memoria como antaño en persona.

Hoy se le disfrazaba una vez más de soldadito, de mandadero por los pasillos de la oficina.

Aníbal escuchó, poco después, su nombre en los labios de su inmediato superior, una especie de cabo de infantería que en las oficinas públicas toma el nombre de auxiliar, indicándole presentarse a primera hora del día siguiente en la oficina del bigote guazú.

Le invadió el temor. ¿Qué fue lo que hizo? Sólo iba a la calle por orden superior; sólo iba de aquí para allá, por orden superior; sólo escuchaba, veía y callaba por orden superior. No se imaginaba que el number one había clavado los ojos en sus nalgas de cimeforista recién recibido, ni que en ese mismo momento, muchos pisos arriba, lo tumbaban en la alfombra del bulín; lo soñaban. No se imaginaba lo que vendría, pero algo pudo leer este pendejo en esa mirada que le caló los huesos: sintió que el placer también andaba por sus carnes.

Comenzaba su carrera en la administración pública.

Casi de inmediato fue la mano derecha del viejo. En dos patadas suplantó a la secretaria que no pudo con sus innatos talentos, mejorados aun por una intachable dactilografía y el inglés que rascó de King English, por correspondencia.

No cabía en sí este Talleyrand delicado e ingenuo, porque a su modo sí que lo era. Entregaba su carne fresca —de primera— según su protector; no terminaba nunca de hacer piruetas sexuales para alegría, para el placer de ese pederasta que sólo quería aquel marrón profundo; sacaba dinero de los bolsillos del generoso amigo; escalaba, *ecalón por ecalón*, los peldaños del poder, pero no podía dejarse de escupir el ¡maricón de mierda! en las mañanas

cuando se peinaba, y culposo, lleno de pulgas católicas, arremetía la gozosa sarna hasta tocarse el alma de campesinito criado a cintarazos, a lo macho. Le dolía el dinero en los bolsillos y esa TV a colores y los zapatos que le traía de regalo de Bs.As.

Ese perfume a banda no lo dejaba en paz. Necesitaba hincarse sobre los maíces de la duda para rogarle a Dios que le trajera el ala, el roce, la sombra de lo que fuera la Verdad.

Este pobre tipo nunca supo que Franciotto Strozzi, en pleno renacimiento florentino casi se retrató en las nalgas de Giambaptista Dell'Aquilla, a la sazón, heroico militar y su amanuense, el segundo, que también bailaba. Ahora estos dos lo miraban ceñudos desde unas medallitas que traía de Caacupé. Ignorante al punto de sentirse enfermo, escuchaba hasta las lágrimas las homilías de Paí Demetrio, cura novillero y chupamedias, que luego atendía las confesiones de Aníbal con auténticas ganas de zamparle en el trasero los botines que mangueaba al destacamento militar; lo hubiera hecho de no ser por las limosnas del muchacho y sus favores en el Ministerio de Hacienda.

Colmado de luz, de amor o muerte, de lo que fuera, salía del ámbito de la iglesia, y, acomodando las estampitas, las velas, el agua bendita por frasquitos en el bolsón de mano; trepaba al colectivo y regresaba a casa sin atisbar que esos enormes símbolos que lo crucificaban sin remedio, siempre fueron en esta tierra el infierno para todos.

Antonio Pereira, apenas pudo incorporarse a otear el horizonte de faldas y traseros que se agachaban descuidados, descu-

brió a la que sería su esposa. Ella traía la viandita del almuerzo a uno que estaba a cinco camas de la suya. El padre de la muchacha era aquel bultito maloliente y quejoso. Tanto gritaba, tanto se plagueaba que terminó achicándose hasta no ser más grande que la almohada, pese a devorar cuanta comida se acercara a sus manos que, como arañitas, se movían por las cobijas y de repente saltaban a los galletones, al cocido o a cualquier cosa que asomara sus formas por la mesita de metal miserable que, hacia la cabecera y a la derecha, estaba en cada uno de aquellos lechos terribles.

Al principio, deseándole la muerte, maldijo aquel bultito de huesos; pero cuando en medio de los nebulosos pasillos, ventanas multiplicadas por la debilidad y jeringazos de antibióticos, divisó esa piel morenita, cambió de opinión. Le alcanzaba un soplo de vitalidad para soñar que se trepaba por las sábanas de la muchacha.

Y el vejestorio tardó tres meses en morir, al cuarto, ya había preñado hasta el alma a Clotilde.

Y se casó nomás.

Ya no le alcanzaría para mantener a tres bocas el conchabito en lo de don Perales, y no teniendo valor para robar como sus primos, que hasta auto tenían, recurrió a las influencias de Wilfrido Giménez, presidente de la seccional 18 de su barrio, quien al ver el estado ruinoso de su dúo, sintió piedad y habló a sus amigos. Un primero de julio, en la cuadrilla de mantenimiento, este amigo de la desventura estrenaba uniforme como peón de limpieza.

Ese mismo día cruzaba miradas con el otro.

"No faltarán asados", se dijo Aníbal mientras copiaba a máquina los pasajes más importantes de la reunión del Consejo. Pero el Día de la Amistad se le tornaba lejísimo; idearía encuentros casuales, cafecitos —agua no muy fría porque duelen los dientes—. Cualquier cosa inventaría.

Esa noche le bajó por el vientre un cosquilleo perturbador cuando pensó en el recién llegado; en la habitación escuchó cómo le latía el corazón desesperadamente, y dando vueltas y vueltas en la cama se durmió deseando la llegada de la próxima jornada, la que le daría la oportunidad de ver la cara de Dios.

Antonio le puso uno a la patrona, para festejar el primer día de trabajo, y pensó:

—Ya le arreglaré la cuenta a ese putito.

El azar, que según algunos no es otra cosa que la búsqueda de las musas, y para otros, el tenaz sentimiento de odio o de sincero amor, o lisa y llanamente el hambre, ése, el pequeño hambre de pan, de caramelos, de justicia, fue el que los juntó aquella tarde a la salida del trabajo.

Eran las dos y había un viento que pelaba. Agarraron por Chile hasta Presidente Franco, allí pasaron por Investigaciones gastando bromas sobre el Pastorcillo(*) que encarrilaba a las ovejitas opositoras.

(*) Nota del Editor: El autor se refiere aquí a Pastor Coronel, temible Jefe de Investigaciones Políticas durante la dictadura de Stroessner.

—Les debe estar comiendo el hígado a esos tarados —dijo Aníbal con un masculino y marcado tono de voz, al tiempo que saludaba al guardia de turno para darse aires. Al llegar a Independencia Nacional, solitos, se fueron hacia el río. El kiosquero de la facultad los vio pasar y desde el fondo de su corazón envidió esas risas juveniles.

Antonio se descubrió fanático olimpista, sólo para contrear y provocar, así, ese juego de manos inocente y tramposo. ¿Se vio feliz?

Mientras miraban el caserío y los botes de pescadores, conversaron sobre el fútbol, las mujeres, la pesca, las farras y la vida difícil en el ministerio. Antonio escuchaba atentamente; el otro, a esas alturas, ya era una señorita.

En la casilla menos hedionda del lugar, aquella que para estudiantes y lavacoches permanece abierta hasta la medianoche, tomaron unas cañitas que en seguida subieron a las nubes de esos dos balcones calientes y descarriados.

Desde aquella noche Aníbal no supo de otras manos que las de Antonio. Se hicieron inseparables.

El que ascendía ahora era el otro, pero por bruto y haragán, no pudo ni oler las bondades del régimen stronista. Llegó a mozo. Fue suficiente, sin embargo, porque Aníbal lo enganchaba en cuanta convención o brindis o actos partidarios que hubiera para poder estar cerca y mirarse y, en fin, darse la vida que todo noviazgo bien nacido se merece.

Antonio se enteró, meses después, de los celos de Clotilde, al sorprenderla oliéndole las camisas.

—Algo se le habrá pasado por la cabeza —meditó, y comenzó a usar Stil Hombre para aplacar los chillidos que dejaba el otro en su piel, en su ropa. Pero era en vano, algo tenía en la mirada de un azul extraño, de ese que viaja hermoso y triste hacia el sur, hacia el mar y que lo llevaba dulcemente prisionero. Ella nunca le dijo nada, porque jamás faltó algo en la casa. En la piecita tenían hasta ventilador.

Envalentonados, se dieron maña para afianzar aún más la relación que armoniosamente llevaban, y que crecía como esas manchitas de aceite con que las empanadas orilleras premian a los pantalones desprevenidos.

Y Aníbal dio el paso decisivo: consiguió un préstamo en el B.N.T. y se compró la casita que en aquel lote de 15 por 40, parecía una isla; y cedió 40 metros cuadrados del margen derecho al amor de su vida, para que allí levante un departamentito y se venga a vivir con su familia.

No cabían en sí estos dos, y sólo el qué dirán les impidió la luna de miel que se merecían.

Comenzaron la edificación de la pequeña vivienda con entusiasmo agitado.

Aníbal, por amor, se vio llevando y trayendo baldes de cal y arena que le encallecían las manos convirtiéndolo en un delicado albañil de fin de semana. El dolor de cintura lo dejaba de cama, pero le llenaba el alma de una alegría inusitada. Antonio, ducho en

el manejo de herramientas, se las ingenió para levantar las paredes de su futuro hogar sin otra ayuda que el nivel, la plomada, y su olfato de equilibrista. Paseaba el torso desnudo por el endeble andamio dándose maña para sortear los montoncitos de ladrillos que Aníbal acertaba a alzar hasta ahí.

Tenía tiempo de reírse de su amigo:

—A ver si se apura, patrón, que está por llover —bromeaba Antonio.

Arriba el cielo transparente de enero semejaba un vientre ahijado por las dentelladas del infierno.

—Dejate de joder porque agarro mis cosas y me mando a mudar. Mirá que no estoy lejos de mi casa —y Aníbal, señalando con el mentón desdeñoso la casa que estaba ahí nomás, a cinco o seis pasos de la otra que se erguía como un apéndice, una prolongación, una oreja del tiempo, lo dejó y fue a tomarse una cerveza a la sombra del mango.

El otro ensayó un bolero:

"Ven que te espero mi bien

te lo perdono todo..."

De un salto estuvo al lado de Aníbal quien, entre asombrado y temeroso, puso en su voz neuróticos saltitos:

—¡Te vas a matar nde loco!

—A vos yo te voy a matar, maricón...

Y Antonio lo condujo suavemente hacia adentro.

—En el baño es mejor —susurraba el de la cara tostada, el de la cara iluminada por la dicha: el campesinito triunfante tomaba de la mano a su hombre y lo guiaba hacia las penumbras de la libertad. La tarde lamía las ventanas, las puertas, y los pies de estos dos perdidos.

La tarde se rendía ante ellos.

En el patio crecía el barquito insolente.

Andrés Molinas, dueño de la despensa Doña Carmencita y miembro fundador del Centro de Almaceneros, no daba crédito a lo que veían sus ojos. La obra en construcción (la del pecado) se levantaba frente a su negocio con tal desparpajo, que un día no se aguantó más y cruzó la calle con el diablo en la boca:

—Porquénosevanhacersuscochinadasadentro! —lo dijo de un tirón valiente, y agregó—: ¡No ven que hay criaturas! —y ya más dueño de sí—: ¡Voy a meterles bala si siguen macaneando!

A la noche, en la reunión de la comisión directiva, dejó caer, como rematando el informe semanal, la siguiente sentencia:

—No hay que permitir que ningún puto viva cerca de nuestros locales porque nos corren la clientela —y pidió permiso para leer la esquela enviada por doña Porfiria Cáceres, vecina del lugar y cliente de años.

Le concedieron la palabra en vista del rostro demudado que cargaba. Sus cejas entrechocábanse; los ojos iban y venían por el papel arrugado:

"Asunción, 16 de febrero del corriente año. Mi muy respetado señor Molinas: Le escribo esta carta para expresarle mi más profunda indignación por las permanentes muestras de falta de decoro que escandalizan a nuestro querido barrio. Estas escenas, como Usted ya sabrá, se llevan a cabo en la cuadra de su negocio. No es que yo lo culpe a Usted, ni mucho menos, pero podría haberme avisado que me toparía con semejantes actos impúdicos, en consideración a mi condición de maestra jubilada. Por lo antedicho, le comunico que suspenderé todas mis compras en el local Doña Carmencita hasta que pase ese vendaval de malos ejemplos, y que le avisaré en el momento oportuno para que envíe a cobrarme la libreta.

Atentamente. Porfiria Cáceres.

—Como verán señores, el caldo está espeso hacia mi barrio. Y solicito ayuda en esta difícil situación.

La comisión de almaceneros, luego de un rápido cabildeo, decidió el envío de un telegrama colacionado al domicilio de Aníbal Cartamán, intimándolo al cese de todo acto impúdico. La copia sería recibida también, por el comisario de Villa Morra, por las dudas.

Instamos al distinguido consocio a que recolecte firmas para conseguir, de tal forma, la expulsión de los dos degenerados, agregó otro.

Con algo de alivio en los hombros caminó rumbo a su casa. Llevaba todavía esa lucecita roja en el bolsillo.

—Lo único que falta es que el barrio se declare en moratoria por culpa de estos putazos.

Yo mismo iré a cobrarle a esa vieja letrada —caviló mientras caía la primera lluvia del verano.

Pero la que hubo de colocar las cosas en su lugar fue doña Carmen Aparecida Méndez de Molinas, la verdadera propietaria del almacencito en cuestión; la que ponía el dinero era doña Carmen.

Regaba las plantas, tarareando y mirando el cielo que a lo lejos sonreía celeste, cuando vino el cartero. Aníbal leyó el telegrama, y un sudor frío le contagió de azul el esqueleto. Pese a todo se dijo:

—Ya es tarde para recular.

A la tarde de ese mismísimo día, Antonio, su señora y dos niños, mudaban sus bártulos a la minúscula residencia. Ya nada se podía detener. Había echado a andar las ruedas de su destino.

Aníbal seguía esperando.

Y él en persona les ayudó a bajar las valijas del taxiflet.

—Ésta será como tu casa propia —exclamó dirigiéndose a Clotilde, quien mecía en brazos al más pequeño y se miraba soñando: se recordaba en los pasillos de la pensión rondando el baño por las madrugadas, para ganar el turno y así lavarse los restos de Antonio, siempre cumplidor con ella. Tal vez por eso nunca sos-

pechó de los pasos de su marido, quien volvía tarde todas las noches, y desaparecía los fines de semana. Pero al cerrar la puerta tras de sí, Antonio hurgaba entre las sábanas, abría las piernas de su mujer hasta que daba con las manos del sueño. Clotilde lo esperaba calladita, y cuando sentía que le mojaba las carnes, ella también soñaba. Los orgasmos le chispeaban los ojos a Clotilde.

—Todo irá mejor ahora, pensó alegremente.

—¡Yo sé que usted no sabe nada! —bramó la esposa de don Molinas—, pero tiene que enterarse en qué anda su marido.

Sólo una semana había transcurrido desde que llegaron al barrio y ya el castillo se le derrumbaba. Comenzó a contarle desde el principio, desde que Aníbal compró la casa y organizó, como festejo, una farra que tuvo hasta elección de reina, y que perturbó a la cuadra por dos días seguidos.

"Me voy de pesca con los muchachis", alcanzó a recordar Clotilde; la voz de Antonio iba y venía por el pasillo.

—Se besuquean, se chapan hasta en la vereda esos dos; no sabe lo zafados que son. Un día tuvimos que llamar al paí de Los Maristas porque se correteaban por toda la casa ¿y sabe qué? cuando el padre aplaudió por la puerta ¡le dieron con el corcho de la botella de sidra por la cabeza! Y comenzaron a cantar: ¡Matrimonio! ¡Matrimonio! ¡Se casan la diabla y su novio!

Clotilde sonrió dentro de sí porque estaba acurrucada en sus recuerdos: "Nunca jugamos nosotros; a duras penas me habla. Nunca me dejó gritar 'porque eso es de putas'." Escuchaba, escuchaba:

"Negativo, así lo hacen los perros", protestó en una ocasión, y la dio vuelta.

"Una sola vez me besó en lo que va del año", pensó mientras regresaba al cuartito. Acababa de decir:

—Ya voy a hablar con mi marido.

Pero nunca lo hizo.

Fue hasta la cocinita y puso a calentar el agua, y corrió inmediatamente hasta la ferretería.

—Folidol —pidió.

—Parece que quiere eliminar a las ratas —escuchó que le decían amablemente.

—Sí, contestó al salir.

Con el rabillo del ojo vio que un gato saltaba una muralla perseguido por unos muchachitos. La pared era baja y una nube antigua la ensombrecía.

—¡Clotilde, vení para acá! ¡Dónde se ha visto que las nenas correteen a estas horas!

Se miró caminar hacia el tirón de orejas, hacia la piecita del fondo, hacia el momento en que machacaba unos yuyos. Uno tras otro, se vio apurarle los mates a Aníbal.

Éste preguntó, cuando una hojita de afeitar imposible le cortaba las tripas y lo arqueaba de dolor:

—¡Dónde está Antonio!, por última vez.

Clotilde jamás respondió.

Caminó largamente aquella tarde, pero se detuvo un momento ante dos niños que jugaban en un charco de agua.

La fiebre del General

Para Carlos Garcete

Es un niño llorón el que arrastra las ramas del eucalipto; el despeinado y añoso árbol soportó las tormentas de incontables veranos que no lo tumbaron. Sigue ahí viendo pasar los cadáveres de la familia.

Ahora aguanta las patadas y los cascotazos que furiosamente le arroja el chico, quien lo culpa de todo.

Porque ahora se ha llevado a su guía, a su ídolo, a su mismísimo padre.

Con su estruendo de cantos, una nube de gorriones desordena el jardín, revoloteando entre los mangos alarma a los perros que furiosamente ladran hacia la copa de los árboles y corren tras de los que se animan a alborotar el césped.

Eso lo despabila.

Mira a su alrededor y ordena espantar a los intrusos. A los perros también.

Quiere seguir soñando. El General yergue la cabeza y bosteza largamente. La fiebre le cierra los ojos. Y vuelve a la infancia. Allá en Juan de Mena lo esperan los cintarazos de su tío Edmundo, quien lo crió en la disciplina del desaliento y en la fría convicción de la fatalidad. "Me hubiera hecho cura", piensa mordisqueándose las uñas de la mano derecha, otro de sus vicios de toda la vida. El tío Edmundo vino a ser la síntesis reencarnada de todos sus mayores, pero el niño no lo amó nunca. Es más, lo detestó hasta que al viejo lo despedazaron los mastines del odio. Los cuatro Doberman

del chico —el regalo ocurrente y brutal de un pretendiente de su joven madre, en una Navidad lejana— lo descosturaron a dentelladas una noche en que salió a cazar chanchos salvajes. Al hombro una escopeta de dos caños, en la cintura un 38 para las distancias cortas, a su lado el sobrino preferido, y en derredor, al acecho, los perros del silencio. El tío era dueño de una puntería infernal, y su olfato riguroso en la diligente tarea de despachar la fauna del lugar, le permitía adivinar la presencia de las víctimas. Un día le relató al chico, de paso nomás, cómo fue que, desorientado en medio de la selva chaqueña, husmeando se topa con el tigre. El sereno había caído, y de la tierra se alzaba un calor preñado de mosquitos. Sabía que esos animales, más astutos en la oscuridad que en la luz, suelen devorar al cazador desprevenido, entrampándolo con su caminar en círculos. Pero él sentía en el aire un aroma penetrante, un olor a diabla.

—Yo era joven y pude descifrarle los pasos a una hembra en celo. Una tigresa fulgurante. Me quedé quietito apoyado en una palmera. Detrás mismo vino llegando. El cazador cazado que yo era en ese momento, le puso un tiro en medio de la cabeza a esa mocosa atrevida. Fue como cogerla.

Antes de partir aquella noche fatal, el tío cumplió con el rito de vestirse para la ocasión: Un sacón de cuero negro lo abrigaba del frío, las botas altas le confiarían el paso. Al sobrino lo arropó con cuidado, pero a propósito no lo calzó bien. Sólo alpargatas y sin medias. "El viento del invierno en los tobillos, siempre es bueno para estar alerta", carcajeaba desde su altura. Acabó la ceremonia histriónicamente: Apagando las velas con las uñas ganchudas, dejó una sola, la más chiquita, para que el niño viera su propia

sombra gigante reflejada en el espejo del roperito. "Así te me vas acostumbrando a la oscuridad. Llevarás la linterna. Andando", habló desde lejos.

En esa ocasión el miedo atenazó el corazón del pequeño, y no pudo evitar que en un recodo del sendero por el que transitaban en el monte, la linternita se le cayera de las manos, provocando el resbalón del viejo, quien se desplomó en una pirueta ridícula, que estiró los labios del fallido Diógenes hasta dibujarle en el rostro una auténtica, cristalina risa.

Para qué. Ahí nomás el tío lo comenzó a golpear.

Sabido es que el Doberman posee una lealtad extraordinariamente feroz, impulsiva, francamente entregada a la agresividad que le viene de sus complicadísimos cruzamientos: batallan en su sangre los Levingstones, los Dogos, los Rotweilers, y otros criminales canes. Una mañana de 1876, Frederick Doberman estrenó el engendro por las veredas de Berlín. Este recaudador de impuestos, que estando harto de los asaltos callejeros, ideó este Golem de entrecruzados dientes y mirada penetrante, inteligente, para protegerse, paseó al hijastro que lucía su pelo corto, denso, duro, de un negrísimo azul, con altaneros ladridos. Setenta centímetros de altura. Una azabache nube farfullante de odio. En el día de la presentación social se despachó a dos transeúntes distraídos, y a un borracho que al despertarse de la mona, tuvo la desdicha de encontrarse demasiado cerca del hocico del animal. Entraron los tres derechito al infierno.

"Era la hora nomás del tío", medita mientras se oye caminar hasta encontrar el alba.

A partir de ese momento, le tomó aprecio al tío Edmundo y jamás lo olvidó.

Unas voces lo sacuden desde la puerta.

—¡Permiso mi General! ¡Permiso mi General! —dice el Mayor, trayéndolo al presente—. En treinta minutos lo llamará el Señor Presidente.

"A buena hora se acuerda este carajo", piensa para sí.

—Y qué te voy a decir —responde.

Taconeando el Mayor dio media vuelta y se perdió de su vista.

Quiere escuchar la radio, quiere concentrarse en su estrategia, mas los recuerdos le oprimen el pecho. Siente que un niño, como un racimo de tristezas, pende de su corazón, un niño gris, un niño que bamboleándose en las lianas de sus latidos, le grita un nombre, el suyo. De repente, en puntas de pie sobre su izquierdo ventrículo, le canta una desconocida y antigua copla infantil:

"La sar-na hizo de mi om-bligo

el cen-tro de una ro-sa-muy perfec-ta".

—¡César! ¡César! ¡Qué te pasó mi hijo! —escucha que le dicen desde la otra orilla.

Nada. El niño no responde ni una sola palabra. Pero se siente protegido por primera vez y para toda la vida.

Permaneció en este estado de mudez por el espacio de un año, tiempo en el cual, su madre se casó con el más ingenioso de los pretendientes —el de los perros, claro—. Amó a ese hombre;

engendró un hijo varón; tejió y destejió escarpines; vomitó mil veces y mil veces se volvió a tragar al hijo que vendría. Antojadiza hasta para dormir, mantuvo en vilo al reciente marido con sus caprichos. El niño, el de los perros, tuvo tiempo ese año de aprender el alemán de los menonitas. El hombre, para alejarse un tanto de aquel carácter errabundo se encariñó con el chico —no con el suyo, sino con el otro, el que sería uno de los petisos más terribles de la República—, al punto de convertirlo en su mano derecha en todo lo concerniente a las banales tareas de los hombres de entonces: Preparar el tereré, ir de cacería los feriados largos, traer los cigarrillos, bajar el maletín del carro cuando regresaba de los viajes todos los jueves.

El padrastro, un día domingo le dijo:

—Tengo algo para vos.

—¿Qué es don Elías?

—Un viaje a Asunción —contestó el otro.

El niño trenzaba los cueros de un talero, y se le iluminaron los ojos, pero respondió:

—Tengo que ir a clase, dificulto.

—Hablaré con tu mamá —dijo el padrastro y fue hacia la cocina.

Con la tarea entre las piernas el niño quedóse pensativo. Había cruzado los límites para ir al cementerio, varias veces, y para ir a la escuela. Para la misa también. El hombre regresó insistiendo:

—Una vez al año voy a Mburuvicha Roga. Esta vuelta tengo que llevar el cortinado del piso de abajo y las alfombras. ¡Vamos! Es una casa como de veinte habitaciones, con baños por todas partes y ventanales altos. Esas cortinas las pondré yo. Y están de reparaciones. Podrás andar mironeando un ratazo. El Rubio está de viaje, según me contaron.

El niño lo está mirando. Ya camina por la casa.(*)

Los perros aúllan melancólicos en su memoria.

Pidió encender la radio:

—¡Ahí! ¡Ahí! En la Radio Palermo, esa emisora del Turco Abad es formidable... también con lo que lo ayuda ese...Pero en fin, es lo que tenemos. La mierda más hedionda es la mía; la que me rodea, mucho más. Mi aliada es la carroña del país. Pero qué importa.

"¿Acaso que la Patria no me exige los máximos sacrificios? ¿Acaso no juré darle mi vida? ¿Acaso que no estoy comprometido con los desposeídos? ¿Acaso que no le comeré el hígado a esos oligarcones, a esos judeo-periodistas agoreros letrinosos, perifoneros de los fracasados? ¡Los voy a alinear como a velas!

(*) Nota del Editor: Errores graves cometerá el autor al relatar esta historia. En efecto, la visita mencionada arriba, se llevó a cabo el domingo 7 de agosto de 1953 —según consta en el libro de visitas de la residencia—, los personajes de esta historia llegaron a las ocho de la mañana y se retiraron a las cuatro de la tarde. Los visitantes en cuestión —siempre según las anotaciones— eran Elías Varas, libanés, mayor de edad, comerciante de telas, y su hijo César —aquí el que miente a medias es el cabo de guardia—. La casa se encontraba de reparaciones, es cierto, pero no por órdenes del Rubio Stroessner, que aún estaba en las sombras, al acecho, sino debido a la inminente asunción al cargo de Presidente de la República del Dr. Federico Chaves, quien fue electo en unos comicios

"A todo eso, ¿quién puede tirar la primera piedra?

"¿No fueron un horrible gusano todas las mariposas? Las putas de la Escalinata, ¿no son las mujeres más hermosas de Asunción, las más distinguidas, las más dóciles en su salvaje cabalgar a los ojos de Dios? ¿Quién me niega a mí que de la mierda venimos y a la mierda hemos de dar? Es más, ¿acaso que todas las palabras no son inmundas, sucias? ¿Quién es el conscripto que se levanta con dientes sanos para horadar el día con sus saludos apestando a sodomía, a besos hurtados a quién sabe qué sargento? Todos estos mugrientos tienen los dientes heridos por la miseria. Y la boca es el espejo del alma. Estos parias no lo saben. Y sin embargo anhelan besar el ala de la patria en cada madrugada.

"¿Acaso que un ¡Buen día! no va de boca en boca empuercándose, enlenguándose, ensalivándose? ¿Y no lo dicen las más trémulas monjas y los curas más altos? Porque el Papa, ¡sí! el Santo Papa pronunció esas palabras una mañana frente a mí. Para mí. Y yo por dentro dale y dale a la risa hasta doblarme el esqueleto para besarme así las níveas nalgas. ¡¡Sí!! Vos también caíste ante esas frutas secas; esas cáscaras de bananas pestilentes y callejeras y viejas se cebaron en tu boca y caíste, ¡caíste! ¡Sí! Me cago en tu nombre, ¡Pajero Dóminis!".

---

que, según la opinión del entonces Primer Secretario de la Embajada de los Estados Unidos, John C. Shillock Jr. "tuvieron lugar de una manera rutinaria, previamente establecidos los resultados en una convención del Partido Colorado en junio de 1952".
El Dr. Chaves podía ostentar el oscuro mérito de haber ganado las elecciones contra adversarios que estaban en prisión o en el exilio. El partido al que pertenecía era aún más animoso: en poco menos de cinco años de gestión, había violentado más de veinte artículos de la Declaración de los Derechos Humanos.
El Rubio, al año siguiente de la visita, vendría a poner las cosas en su lugar en este país. A dar otra vuelta de tuerca.

—La una y cuarto, mi General —le avisaron desde afuera.

—¡Tu General y el de todos! Que el Mayor Jiménez me llame a la una y media, no me quiero perder el programa de esa judía. Me gusta esa judía. Tiene en su corazón enfurecidas sangres, y con razón.

El viento agita las cortinas. El General recuerda.

Por allí fue, por Roma, la ciudad que presidió los destinos del mundo por mil años, que mi poetisa preferida Victoria, La Comunista, frente al Tíber del Sur, a veinticuatro kilómetros del mar, me previno gimiendo:

—No hables con la boca llena de palabras...

Me dijo y yo en sus ancas así, así, ¡Viva la Patria mi Rey! Tuya es mi lira, tuyos mis versos. Mi inspiración te pertenece...

—¡Ah gran mentirosa! Contrabandista hormiga, planillera, perrita polleruda y faldera, siempre lorificando, ratereando los poemas ajenos. Tu traste sabe que esos versos son del Virgilio Americano. ¡Tu trasero no miente, Amada!

"Y no le hice caso..."

—Las trece y treinta, Señor.

—¡Cómo las trece y treinta! ¿Qué no sabe Usted que está aquí en el culo del mundo? En mis muros son la una y media. ¡Carajo!

—¡Sí, mi General!

¿Por qué se va tan rápido el tiempo? Qué le hice yo. No me puedo descuidar que ya el minuto más anónimo se está escapando de entre mis manos. Y yo que lo persigo como a las ratas. Hasta en las madrigueras de la memoria.

Con el fondo musical de la ranchera mexicana "La cucaracha", dos voces paraguayas, una femenina y otra masculina, abren el programa. Ella es quien dirige la audición. Ella es "la judía", célebre en el mundillo asunceno por sus piernas hermosas y por el furioso entusiasmo que aplica al propalar los principios doctrinales del generalmente enano.

Dice a los gritos:

¡Vive la luz en nuestros corazones!

¡Oh Maestro de la Juventud Nacionalista!

¡Estrella fulgurante del cielo político paraguayo!

¡Marido y cuñado ejemplar!

¡Padre de la Patria!

¡Recibe en tu corazón multiplicado por el amor y el sacrificio el saludo de tu pueblo!

El locutor, en cambio, trasuntando serenidad en su voz profunda y grave, chusco en sus conocimientos bíblicos, hace como que lee:

"Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal y como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus

propios ojos, y fueron ministros de la palabra. Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas y decírtelas, ¡oh excelentísimo pueblo!, para que conozcas la verdad de las cosas en las cuales he sido instruccionado".

"Y dijo el Ángel: Yo soy Javeh y digo que el mensaje divino puede llegar al Profeta de muchas maneras: En visión, como cuando en Caacupé se apareció Él en su caballo azul y que era negro y que era blanco, según el cristal de nuestras lágrimas, y que nos habló diciendo":

"No aflojéis muchachos, que siempre se persiguió a los que defienden al pobre".

"Y también en la noche, aunque rara vez se presenta de noche, pero a nosotros se nos presentó y estábamos en la Seccional de Yaguarón, frente a la iglesia y una luz enorme que venía del cielo aterrizó y allí entre las piedras apareció. ¿Recuerdan hermanos? Dijo: Me despedí de mi señora y de mis hijos, por si la parca me lleva en mi lucha por un Paraguay mejor".

Aquí interviene la mujer, a los gritos:

¡Congregado está todo el pueblo en torno a Ti! Y decimos, como dijeron antes los que hoy están muertos:

¡Carne tuya y hueso tuyo somos nosotros, y te ordenamos que marches sobre Asunción igual que David sobre Jerusalén, y degüelles a los traidores!

¡Venimos en silenciosa marcha desde los cuatro puntos cardinales de esta noble tierra!

¡Incendiaremos las casas de los que vaciaron el país!

¡Que vayan haciendo sus maletas esos maricas del Banco Central!

¡Que tiemblen los parlamentarios mentirosos y chupamedias! ¡Que su presidente esconda la cabeza entre las piedras!

Nuevamente se deja oír una música de fondo, esta vez la polca del Partido.

Voz del hombre, ahora más animado:

—¡Escucha! ¡Querido General!: Cientos, miles de mensajes por bipper, nos alientan a continuar la lucha hasta el final!

¡¡Escucha!!

Y se transmiten los recados siesteros.

El General atiende, pero el calor le muerde las rodillas, y un sudor frío le empaña los cabellos. La fiebre. Dicen que dijo: "Esto de andar con putas no puede ser bueno".

La mujer insiste:

2.485 bippers escrutados hasta este momento, ¡mi Amado Líder!

—¿Será cierto? —se pregunta el General—, contaron 2.485 mensajes. Dos mil cuatrocientos ochenta y cinco personas llamando por teléfono a la misma hora. Un caos en el tráfico telefónico. Por los cablecitos van atropellándose, dándose codazos por entrar primeros, silbándose, cabeceándose. Dos mil cuatrocientos ochenta y cinco granitos de arena. El Yo Colectivo forcejea por los cables patrios.

¡Qué buen trabajo! ¡Bien hecho! Me acordaré de ti, judía de sangre mala, cuando orine en los vientos.(*)

Al General le gusta pensar en voz alta, ordenándole a las palabras su derrotero, principalmente hacia las partes cóncavas, aumentando así las sinuosidades. Él es río, las palabras, el agua.

"...Y después dicen que murieron las utopías... ¡Yo soy el sueño! ¡Yo soy el despertar! Soy la pesadilla que nunca alcanza su cola definitiva. Soy ese espiral que asciende hasta tocar las nubes. ¡Yo soy la utopía! Y si no, que lo digan aquellos que me ven pasar sin haberme visto jamás la cara. Ninguno de estos perros me vio jamás de los jamases un pelo. Nunca de los nuncases. Nadie sabe quién soy, pero me llaman a gritos. Me llaman el pan, el agua, el dinero. Si no, que lo digan aquellas piedras que no me alcanzan. Me llaman el fuego, la violencia vieja como la muerte, la partera del nuevo mundo, el gran estimulante. Yo soy la violencia porque rejuvenezco la piel social con mis revueltas callejeras. ¡Quién lo iba a creer! Quién iba a imaginar que ese chichón de suelo, ese pendejo retraído y tímido sería después de muchas décadas el fenómeno político más audaz y parlanchín y general de ejército de fin de siglo. Nadie. Ni yo... Y después dicen que murieron las utopías... Yo lo soy... ¡Soy la esencia misma de la raza!...Pero raza al revés es azar...¿Soy la esencia misma de cuál? ¿De la casualidad,

(*) Nota del Editor: Convendría aclarar que el General reflexiona no sin razón acerca de esta dama republicana. Ella tiene en su sangre si no maldades, por lo menos rarezas, caprichos singulares del alma humana. La muerte trágica de su padre, un profeta gay de su tiempo, y de su hermano menor, un actor de teatro, amanerado como pocos, le trastornó el carácter. Dicen que los difuntos se habían enamorado del mismo hombre. Y que llegaron a las manos por eso. Algún exceso habrá habido por ahí, seguramente.

de la chiripa, de la gota que cae en el mar? ¿Soy hijo de ese Big-Bang, acaso? ¿O soy la esencia de lo otro? De la otra. ¿De mi patria gallarda y altiva, madre de ciudades, condena de azahares?

El humo apaga el fuego de las sombras, me digo. ¡De qué humo, de qué sombras me hablas! ¡Enano de mierda!

¡La patria es un invento mío!

La fiebre.

—El Presidente en el teléfono, mi General.

—Señor...

—La cosa está que arde por aquí mi estimado. Toda tu gente está en las calles.

—Hasta hace unos meses era también tu gente, che.

—Sí, sí... pero eso de disparar contra el Congreso...

—Dos bombitas caseras nomás fueron.

—Lo que sea. Se les fue la mano. Casi incendian el Tribunal, y hasta le rompieron la cabeza a un monseñor.

—Ese tribunal es una farsa, y vos lo sabés mejor que nadie si no yo no estaría aquí. Y vos allí, haciéndote el gallito. Quiero que me envíes un avión ¡ya mismo! No te va a parecer simpático viéndome llegar a caballo a Asunción. En cuanto al cura, dejá que sufra; para eso vinieron a este mundo.

—Sí, mi General.

—Eso está mejor.

—Pero antes lo vamos a estudiar con los muchachos.

—En qué quedamos...

—En que enviaré un avión.

—Mirá compañerito: ahora me interesa deshacerme del Congreso y de los parlamentarios esos, y que el pueblo elija sin intermediarios a los verdaderos...

—¿Vas a discursearme ahora por teléfono?

—Más te vale que me escuches, que si no, al que vamos a sacar es a vos. ¡Te doy treinta minutos!

—Ok.

El silencio envolvió al General. El silencioso ir y venir lo dejó solo. Miró su amada sala; la recorrió con la vista de un animal herido. El crujir de las maderas del piso le sonó familiar, porque son los mismos pasos cortos y firmes de sus mayores, de los que se fueron, de aquellos que al morir lo olvidaron del todo. De su padre, que al bajar las escaleras, siempre se entretenía en el descanso para acariciar la cabeza del Pescador del Cáucaso. Su pequeña cabeza de bronce. Y pensar.

—Hasta don Elías caminaba así.

El viejo padrastro tuvo la delicadeza de morir cuando los avivados dueños del Banco General le birlaron todos los ahorros, y quebraron y huyeron en un mismo día. Con su último aliento, fundó con otros futuros cadáveres la Asociación de Estafados. pero duraría poco el anciano. Una semana y dos días. Suficiente como

para cumplir ochenta y siete años. Murió como un viejo capitán al frente de sus oficinas y fumando como un chino en quiebra.

"No es difícil odiar a un banquero" —pensó el General.

Habló de pronto.

—¡Mayor Jiménez! ¡Qué dicen los diarios!

—Algunos a favor y otros en contra, General.

—Le pregunté qué dicen. Si no tiene memoria suficiente como para repetirme las exactas palabras que en el papel se pudren, cállese. Todavía leo estupendamente y sé muy bien quién está conmigo y quién no. Tráigame "Última Hora" y "Noticias". Hoy sólo quiero leer a los opositores. Tráigame agua también.

—Sí, señor.

El General quiere encontrar de nuevo a sus enemigos. Ritualmente desea leer sus opiniones, sus diatribas, sus ¡No! sus ¡Basta! Quiere devorar las palabras enemigas para que en su vientre se conviertan en sangre nueva. "Quiero sus patas frescas trepidando en mi corazón", recuerda. Cierra los ojos y encuentra que el niño le sonríe todavía, mientras pasea por entre las telas esparcidas en el piso. Está feliz". No saben que yo ocuparé esta casa por siempre", se dice jugando, bailando mejor dicho, bailando bajo la lluvia tenue de una lámpara hermosa. A la habitación llegan los ecos del vocerío de las mujeres que regatean con don Elías. El chico cambia, en su mente, el interior de la mansión presidencial, la cambia para sí, como jugando, pero como se juega a esa edad (cuando se juega en serio). Con el rostro anhelante, maravillados

los ojos. Los ojos enormes de esperanza. Él lo modifica todo. Ya hizo voltear cuatro pilares, un lienzo de pared que linda con la Avenida Grande, y levantó el cielorraso; quiere que en la sala principal entren centenares de gentes, y que sus voces lleguen hasta las nubes. Le gusta de pronto el griterío; es un juguete nuevo entre sus manos. Y ya se escucha hablar; y desenvuelto camina entre la muchedumbre saludando a las mujeres lindas. A las que tengan piernazas las mirará a los ojos, las encostará de a poquito, las arrinconará, las encerrará. No entiende que el estudio esté lleno de libros; los libros deben estar en el dormitorio, para ser las alas de los que duermen. Ya la echó abajo a esa y a otras dependencias que le parecen superfluas. Ya dispuso la ampliación de las demás: los corredores los quiere amplios. Ya la termina hermosamente. Más que un hogar imagina una casa de gobierno. Pero sueña un cuartel. Así sería la edificación del Regimiento de la Montada del Distrito de Higinio Recalde donde permaneció como su comandante por espacio de cinco años, allá en la década de los setenta. Allí aprendería mucho sobre los hombres, sobre sus fortalezas y debilidades, sobre el hambre de soledad que muerde los huesos de los que contrabandean por esos parajes. "No hay traficante malo por esos lugares" —dijo un día.

Pero el niño no lo sabe. El niño sueña. Ve. El niño sabe soñar lo que vendrá mañana como todos los niños del mundo.

—General —ruega desde afuera el Mayor Jiménez—, aquí están los diarios de hoy-. El Mayor adivina el mal trato...

—Gracias. Déjelos ahí nomás.

Al cerrar la puerta tras de sí el Mayor hace sonar los tacos hasta bien entrado en la cocina.

El General se siente libre y se abalanza sobre los diarios con los ojos cerrados. Y los acaricia; palpa los bordes de esas páginas rústicas, y siente como si fueran un gran boleto de colectivo en la yema de los dedos, significando el viaje. El más grande viaje de su vida. Toca lo que supone es la portada y con el índice va hacia uno de los vértices, y los hace girar a empujoncitos cortos; varias veces lo hace. Quiere extraviarse. No abre los ojos. Ahora adivina y pone la página final hacia arriba; quiere que los chistes lo miren a él. La portada está abajo, mirando la tierra. Acierta. Apoya la frente en lo que supone es el horóscopo y con la nariz busca el cuadradito de su signo zodiacal. Géminis: las dos hermanas en permanente pugna; una yendo hacia la luz, la otra hacia las profundas oscuridades. Las dos venciéndose en armonía perfecta. Las dos yendo hacia la luz sin que lo sepan: Sonríe. Con el mentón fastidia el pronóstico del tiempo: no habrá lluvia hasta dentro de una semana; pero él lo sabe desde hace rato. Una gran luz habrá el día del viaje que iluminando el cielo no se apagará jamás. Huele en la Sección Deportes. Husmea en las axilas del mejor arquero del mundo cuando se estira al atajarle un penal a su archienemigo, un porteño hablador apellidado Gorosito. Los sobacos hieden a ese vicio de los poderosos: la soberbia. Frunce la nariz el General, y se aleja. Para protegerse, cruza los brazos, y los deja caer sobre el chiste de Nico. Apoya ahora la frente sobre la muñeca izquierda, siempre apretando los párpados. Le teme a la soberbia; la sabe madre de los que van a perder y busca en el corazón del futbolista

los motivos que lo impulsan a ser lo que es: El mejor arquero del mundo. José Luis Chilavert le hace decir a su envidia que todo es un juego. Y que se deje de joder. El General entiende, y un viejo cachetazo suena en su mejilla derecha. Saca su cara de allí. Fisgoneando en los avisos fúnebres, busca algún patriarca conocido, y que figure en su lista de aliados. Nada. Pero encuentra a una joven mujer que ha muerto dejando dos hijas pequeñas. Ahonda en la muerte, y encuentra que en el ataúd se hallan, fragantes aún, los días del otoño. En el blanco pecho encuentran los últimos besos del marido. Huele una carta, una canción de amor depositada entre las manos frías, y huye. Va hacia policiales. Allí, el aliento fétido de un robacoches denunciando a un diputado amigo por haberle escamoteado el botín mensual, lo alimenta de vida, de realidad. Busca en ese momento el final del novelón delictivo, pero un aroma a pubis lo distrae. Y corre para allá con sus pulmones henchidos al viento. Una muchachita de trece años fue rescatada por los vecinos de entre las garras del presidente del club barrial, Juan Francisco Mondiola R., quien guarda reclusión en la Comisaría Novena. El prisionero es el abuelo de la niña rescatada. El General desea establecerse por allí, entre esas piernas, aunque sea por un momento, mas un pérfido olor lo golpea de pronto: un puñado de arroz, que pudriéndose está en el bolsón de un vagabundo, pretende alejarlo de su deseo. Insiste el General, y baja por el callejón. No hace caso de los ratones que pugnan, militantes, por un apestoso resto de pizza dentro de un tacho de basura. Tropieza con un par de borrachos que a codazos se disputan una espectral almohada. Esa bolsa de desperdicios en la que gime un ave moribunda, le paraliza el corazón, pero continúa, paciente en su prisa. Cuando está por doblar esa calle del miasma, la encuentra por fin.

Y se sumerge en los vellos nacientes; su lengua lo perdona todo. Se excita al punto de oír los gemidos tenues de la niña, de la mujer que asoma sus pestañas oscuras. De soslayo escucha que allí cerca alguien grita: "porque debemos detener a la barbarie que pretende retrotraernos al tiempo del oscurantismo dictatorial". Las páginas políticas le hacen girar la cabeza. Con la oreja ausculta en el Congreso el pulso opositor. Hace un gesto de desagrado con las manos porque las voces inoportunas lo separaron de su más inocente e inveterado placer. Limpiándose la boca con la manga de la camisa, alcanza a decir adiós a la muchacha. La deja partir pese a todo. Con los puños golpea rencorosamente la mesa, y se aplica a escuchar; la oreja pegada al diario. Dos luces incomprensibles le cierran todavía los ojos. Y escucha. Escucha que zarandean su nombre de aquí para allá, como si se tratara de un muñeco, que lo tiran al cesto de los papeles, que lo recogen de allí para patearle el traste despectivamente: "¡No será ese enano quien nos eche de aquí", dice a voz en cuello un diputado. Afuera el vocerío de sus simpatizantes que en cantidad de miles rodean ya el local del Congreso e invaden el centro de Asunción no lo dejan entender en qué andan tres diputados que se precian de ser amigos del que tiene el oído más desconfiado del mundo. "Allí todos cobran de balde", piensa disgustado.

Y dice, abriendo los ojos y poniéndose de pie:

—Ya nos veremos la cara.

De un manotazo da vuelta nuevamente el periódico y mira la tapa injuriosa de Última Hora que presenta la fotografía de un caballo en el momento en que, espantado por la lluvia, intenta

ingresar al Palacio de Gobierno. La fotografía a toda página tiene en letras enormes un epígrafe harto venenoso:

"El General está llegando".

Toma los periódicos con una mano y se apantalla con ellos por un momento, luego les susurra:

—Ya hablaron demasiado. Ya les leí en la frente. Ahora serán menos que polvo. Abre la puerta y los arroja al viento.

—¡Mayor Jiménez!

Grita con una voz más grande que él mismo, con una voz que no sabe de dónde le viene. Siglos enteros estallan en su boca. El Mayor corre a su encuentro.

—Me faltan mil años para ser viejo, ¿no es cierto?

—Sí, mi General.

—Gracias. Tenga la oreja alerta que ya nos vamos para Asunción.

A esas horas, cuando el General abre sus brazos desmesuradamente para abrazar a su ayudante, y felicitarlo por la paciencia que le tiene, un hombre dobla una esquina y cruza la calle. Uno solo es igual a todos.

Le enviaron finalmente el avión.

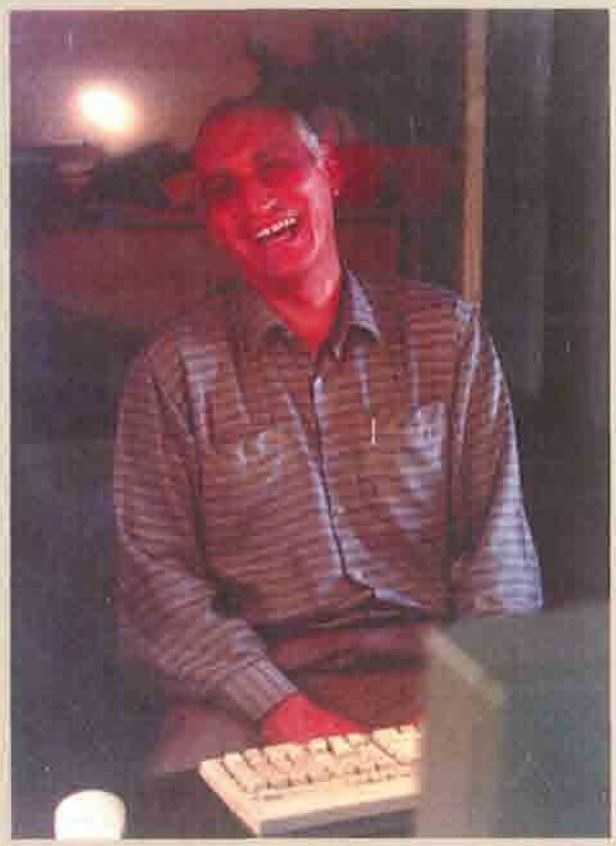
El hombre que cruzaba la calle se reunió con otros. Hablaron muchas palabras. Discurrieron sobre el futuro y la Patria. El teléfono sonó y el que parecía dirigir la reunión contestó secamente. Luego cada uno tomó rumbos distintos.

Me contaron que el General lucía una sonrisa deslumbrante y un brillo singular tenía en los ojos al abordar el avión. Imaginamos que se durmió al poco tiempo, apurado por la fiebre terrible, y que soñó nuevamente con el niño que nunca lo abandonaba. Que sintió calor. Que sintió un frío intenso. Que no supo que el avión estallaba sobre un río cualquiera.

Se terminó de imprimir,
en mayo del 2001,
en QR Producciones Gráficas.
Tte. Fariña 1074.
Telefax: 214 295
Asunción-Paraguay

Ricardo de la Vega intenta con ***Los hombres ya no invitan a cenar*** aproximarse a la realidad cotidiana y, de algún modo, homenajearla. Sus personajes, que hablan y sueñan mientras construyen una épica urbana, repiten mitos esenciales, constitutivos de la condición humana. Y mientras esperan el mañana, siempre el mañana... componen estas historias hechas de sueños y pesadillas sostenidas por una feroz esperanza.

De la Vega obtuvo premios literarios desde 1980, cuando el Instituto de Cultura Hispánica lo distingue en un concurso de poesía para jóvenes. También fue galardonado por su obra narrativa. Miembro fundador de la Sociedad de Escritores del Paraguay.



Libros publicados:
Sin opciones después de la cena (poesía). 1985, Ediciones Taller.
Paraíso (poesía). 1995, Ediciones Diálogo.
La canción de R. (poesía). 1999, Editorial Arandurá.
Actualmente vive en Asunción y no de la literatura. Prepara su primera novela.